

VICTORIA HOLLIS



C ONFESIONES *a* MEDIA VOZ

SERIE ROCKSTARS LIBRO 34

Confesiones a media voz

Serie Rockstars, libro 34

Victoria Hollis

Advertencia

Este libro se ha escrito para un público adulto. Puede contener situaciones y escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y temas que solo pueden entender las personas mayores de 18 años.

Capítulo 1

Dan Nobody caminaba deprisa por el pasillo gris del pequeño apartamento del Bronx. Llevaba la radio en los brazos, y un montón de cintas en una mano. Regresaba del salón para reunirse con Paul, Reggie y William, que le aguardaban ante la puerta del cuarto de este último.

Hizo una pequeña mueca. Todavía notaba un vago resquemor en su costado lesionado, producto del movimiento que había tenido que hacer con él, al agacharse para recoger el pesado aparato del suelo, y situarlo entre sus brazos. Pero eso, aunque era molesto, apenas le preocupaba. Tenía la intuición de que se le pasaría pronto, en cuanto lograra desembarazarse de su carga. Además, tenía otras cosas más importantes en las que pensar...

Cosas como que Reggie le había dicho a William que Dan era su novio, y él estaba todavía que no se lo creía. El sabor dulce de estas palabras se había quedado envolviendo su corazón, como una mantita cálida y suave. Y ahora que estaba regresando junto a su amor, que tenía su espalda ante sí, cada vez más cerca, que podía ver sus hombros rectos, y su cuerpo delgado y ágil, el joven rapero empezó a sentir también agradecimiento, mezclado con emoción y una pizca de orgullo.

«Para mí es un honor que me llames así, Reggie», se dijo. «No lo sabes tú bien...».

Dan tenía sus buenas razones para sospechar que, en efecto, Reggie no sabía cuánto le había gustado ese desliz. Justo después de haberlo dicho, los hombros del batería se vinieron abajo, y Dan supo, lo sintió por su postura y por el tono de su voz, que Reggie acababa de empezar a sentirse culpable; desde ese mismo momento, desde que el «mi novio» salió de su boca.

Y Dan suponía que era natural. A ver, ¿se lo había dicho a William! ¡Al prisionero! Esto era algo sorprendente en sí mismo. Más aún cuando el propio Reggie le dijo a Dan esta mañana temprano que temía que pudiera perjudicarles en algo el hecho de que William supiera de su relación...

«Yo no lo creo», pensó. «William se lo ha tomado muy bien. Dice que ya lo sabía. Parece ser que yo mismo me delaté esta mañana sin darme cuenta, cuando le abordé, mucho antes de que Reggie pudiera tener este desliz. Pero en fin, ya está hecho. Y yo no me arrepiento de nada».

Además, William había dicho que él también tenía novio, y que incluso se parecía a Reggie. Oír esto había sembrado un agradable calorcito en el pecho de Dan. Le pareció sentir que William y él compartían algo, a pesar de tener caracteres muy diferentes. Algo les unía, aunque tan solo fuera que se sentían atraídos por el mismo tipo de hombre... Dan sintió deseos de sonreír ante la ocurrencia.

De hecho, lo hizo. No pudo evitar que una sonrisita privada y divertida le trepara por los rasgos. Y justo en ese momento, oyó a Reggie decir:

—Ah, ya está aquí Jonathan con la radio. Nuestra espera llega a su fin, William.

William dejó caer los brazos, resoplando como una morsa, y rezongó:

—Deduzco que eso significa que se acabó mi brevísima salida de ese agujero. ¿Este es el tiempo que me dejas, para que pueda estirar las piernas, David?

Reggie no contestó. De hecho, ni siquiera pareció oírlo. Se volvió para mirar por encima de su hombro, y al ver a Dan, le sonrió con ilusión.

La sonrisa de Dan se hizo más amplia a su vez. La carita de Reggie se iluminaba cuando aparecía en ella ese gesto sincero, abierto y genuino. Esto ocurría cada vez, y brillaba siempre, aunque tuviera puesto el pasamontañas, como ahora, y en consecuencia, llevara casi toda la cara cubierta por él.

«Me pregunto cómo ha podido adivinar que ya estaba aquí», pensó Dan. «Ha debido oír mis pasos. Curioso, porque creí que estaba ocupado hablando con William... Pero Reggie es así, siempre está pendiente de todo. Cuando me acuerdo de que ayer mismo, cuando llegamos, me pareció un chico frío y desapegado, me dan ganas de reír. Es evidente que aún no tenía ni idea de cómo es Reggie en realidad».

El batería era la antítesis de la frialdad y del desapego. Pero usaba ambas cosas, y muy bien además, cuando sentía que necesitaba protegerse de algo. Claro que aquella sonrisa abierta y genuina significaba que Dan ya no estaba en ese grupo de desaprensivos, de los que Reggie sentía que necesitaba guardarse... Todo lo contrario.

Solo habían pasado unas horas, apenas habían tenido un día para conocerse, pero Dan sabía que Reggie ya confiaba en él lo suficiente, y que le gustaba lo suficiente lo poco que sabía de él, como para considerarlo su novio. De ser un perfecto desconocido para él, habían llegado a esto. Y Dan no tenía ni idea de cómo debían sentirse otros novios en el mundo, pero él estaba flotando en una nube de felicidad. Estaba deseando abrazar a Reggie, besarle, decirle lo afortunado que se sentía, y disipar de su rubia cabecita la culpa y la inseguridad que todavía pudiera haber rondando en círculos por allí dentro.

Ah, pero aún no podía ser. William estaba fuera de su habitación, de pie en mitad del pasillo. Y aunque Paul también estaba allí, junto a la puerta abierta de dicha habitación, y estaba atento, Dan no quería que ninguno de ellos tres bajase la guardia ni por un instante, mucho menos para un abrazo y un beso...No mientras el prisionero estuviera libre para hacer y deshacer a su antojo. Estaba en juego la identidad de Reggie. Si William le desenmascarase, la descubriría. Y en cuanto saliera de aquí, iría a la policía para denunciarle. Dan necesitaba proteger a Reggie. Necesitaba impedir que eso ocurriera, a toda costa.

Reggie aguardó a que él llegara a su lado, para girarse en su dirección, diciendo:

—Gracias, mi vida. ¿Todo bien?

Sus ojos azules parecieron serios y preocupados, a pesar de su sonrisa. Dan asintió.

—Sí.

—De acuerdo. Trae. —Alargó las manos hacia la radio—. No hagas esfuerzos, amor. Yo se la daré.

Tomó el aparato con cuidado, y Dan se permitió soltar un leve suspiro de alivio, al verse libre del peso por fin. Mientras Reggie trajinaba con la radio, él se ocupó de dirigirle una mirada de soslayo a William. Este no hizo ni dijo nada más, pero de pronto, Dan había empezado a sentirse inseguro. Le había sonado muy raro oír a su compañero decirle palabras bonitas delante del prisionero. Era como si los dos estuvieran dando sus tímidos primeros pasitos fuera del armario.

«¡Y yo nunca estuve en el armario, para empezar! No sé lo que es eso», pensó, sorprendido ante la enorme ironía que encerraba el sentimiento. «Mi familia sabe que soy gay desde que nací, como quien dice. Y mis amigos siempre lo han dado por hecho. Nunca he tenido que salir de ningún armario...».

Y sin embargo, la sensación era indudablemente la misma. Algo que era secreto y privado, solo para Reggie y él, y sus amigos más cercanos, ahora era público y notorio para todo el mundo, incluido su prisionero...

Vaya, incluidos sus enemigos. No que Dan considerase a William un enemigo, claro... Pero tampoco eran lo que se dice amigos. Y si William les descubría e iba a la policía a decir quiénes eran... Bueno, eso les acercaría aún más a la posición de enemigos, ¿verdad?

Aún así, hasta William lo sabía. El secreto había pasado a ser información de dominio público. Y Dan experimentaba una sensación similar a la que imaginaba que debían sentir otros gays al salir del armario. Por una parte, nervios e inseguridad. Por otra, determinación y orgullo. Y por encima de todo, cubriendo las demás sensaciones como un paraguas gigante, estaba el alivio. Porque el secreto ya no era tal. Lo más difícil estaba hecho, o eso imaginaba él. Ahora solo les quedaba apechugar con las consecuencias. Y aunque estas fueran malas, no podrían ser peores que eso de vivir su amor a escondidas, siempre sobre sus guardias, siempre con miedo. Ni el propio Dan se había dado cuenta antes de cuánto le había pesado este secreto a voces entre Reggie y él, ni de cuánto había deseado que dejara de serlo.

«Supongo que así deben vivir los chicos gays en Jamaica», se le ocurrió pensar. «Nunca he ido allí con una pareja. Cuando he ido, ha sido en familia, y supongo que eso me protegía, porque me hacía pasar por hetero. Pero debe ser horrible tener que vivir así. El infierno es poco».

Y sintió empatía y compasión por sus pobres compatriotas, que estaban perseguidos en su propia tierra, solo por haber nacido así. Perseguidos, despreciados y asesinados por ser como eran, por algo que nadie, ninguna persona en el mundo, elegía, y que por tanto, nadie podía cambiar ni remediar... Era injusto y atroz. Y no por primera vez, dio gracias con la mente a su padre, por haber emigrado a Estados Unidos en su juventud, y por haberles dado la posibilidad de crecer aquí, a salvo y en libertad.

El cuerpo de Reggie se quedó junto al suyo un segundo más de lo necesario, mientras el otro chico ajustaba la pesada radio en sus brazos, con un gruñido de esfuerzo. Dan volvió la vista hacia él. Reggie no parecía mirarle; estaba concentrado en no dejar caer la radio. Su piel se veía escandalosamente blanca por debajo del pasamontañas negro. Sus pestañas rubias parecieron

delicados hilos de oro cuando parpadeó. Sus ojos claros tenían el color del cielo y el mar... Dan notó un leve indicio de su perfume, del aroma propio de Reggie, flotando en el aire, en el estrecho espacio que quedaba entre los dos, y de repente, sintió que se le encogía el corazón.

Este hombre delgado, blanco como la leche, cansado y asustado, era la persona más valiente que había conocido en su vida. Había sido él quien les había sacado del armario metafórico a los dos, algo que Dan, por mucho que lo hubiera necesitado, jamás se habría planteado hacer. Que lo hubiera hecho queriendo o sin querer, en un momento de acaloramiento, eso importaba poco. Lo importante era que lo había hecho. Y Dan se sentía agradecido por ello, y más orgulloso de poder llamarse su novio de lo que él mismo había creído en un principio. Porque siempre supo que, si alguna vez llegaban a algo Reggie y él, se sentiría afortunado y orgulloso... Pero nunca pudo imaginar cuánto.

—¿Puedes, David? —murmuró con suavidad, alargando las manos para ayudar a su compañero.

—Sí, ya la tengo —contestó Reggie.

Su voz grave, con ese leve tinte rasposo, sonó dulce e íntima, como si ellos dos estuvieran solos en el pasillo, y mucho más cerca el uno del otro de lo que estaban en realidad. Dan sintió que se le ponía la piel de gallina en los brazos al oírla. Reggie tenía el don de convertir hasta lo más simple en algo íntimo y especial...

Pero entonces habló William. El efecto se disipó, y Dan volvió a ponerse tenso, al hacerse otra vez muy consciente de que no estaban solos.

—David, no hace falta que hagas nada de esto —dijo el prisionero—. Tu novio puede acercarse a mí y dármela él mismo, ¿eh?

Dan levantó la vista de nuevo para mirarle. Le sorprendió encontrarle observando a Reggie con una sonrisita tierna en los labios. Claro que eso fue durante solo un segundo. William debió notar su mirada, porque sus ojos negros se clavaron en los suyos en seguida, y su sonrisa se hizo más amplia, cómplice ahora, como si Dan y él compartieran alguna clase de conocimiento secreto entre ellos dos.

«¿No soy yo el único que siente esto, entonces?», se dijo el rapero, intrigado. «¿Él también? Curioso...».

—No muerdo —añadió William. Y movió las cejas, bromista, concluyendo—: Normalmente.

Dan también sonrió. Otra vez estaba ahí esa extraña sensación de afinidad con William. Y esta vez no pudo dejar de preguntarse: «¿Tanto se parece Reggie a Tr...? ¿A su novio?».

Tuvo que corregirse en su mente, porque William no había dicho en ningún momento que Troy fuera su novio. Pero Dan tuvo esa intuición al oírle hablar de dicho novio, y eso se había quedado ahí, clavado en su frente, y ahora no podía quitárselo de la cabeza. Para él, Troy era la pareja de William. Y esto por sí solo despertaba en él todo un abanico de emociones, demasiadas

como para poder contemplarlas ahora. Además de que este no era el momento de distraerse pensando o sintiendo...

No, este era el momento de actuar, de acabar con esto cuanto antes, para poder salir al callejón. Ya tendría tiempo de pensar en ello más tarde, cuando se sintiera a salvo... Cuando no tuviera los inteligentes ojos negros de William clavados en él, estudiándole con curiosidad, y analizando sus reacciones... Más tarde, cuando Reggie y él tuvieran un momento para pensar, para hacer planes acerca del resto del día, para hablar de Jordan, del concierto, y de toda esta inmensa locura.

—Por si acaso —dijo Reggie. Se volvió hacia William y se acercó a él con la radio en brazos—. Aquí tienes —añadió.

Y la dejó en los brazos extendidos del otro chico. William se dobló hacia delante al recibir el peso. Hizo teatro, poniendo cara de esfuerzo y resoplando otra vez, y protestó:

—¿Esto es una radio, David? ¿O un bloque de granito?

Una vez más, Reggie permaneció imperturbable. Se volvió hacia Dan para tomar las cintas que este llevaba en la mano, y luego se giró de nuevo hacia William, diciendo:

—Ni se te ocurra estropearla, ¿eh?

—¿Por qué lo dices? —dijo William, mirándole de través con desconfianza. Reggie le ofreció las cintas, y el otro chico abrió una mano para recogerlas, preguntando—: ¿Habéis pensado hacer otra fiestecita, como anoche?

—Nunca se sabe... —contestó Reggie, con aire misterioso.

William frunció el ceño y respondió, en tono de reproche:

—David, me dijiste que me iría a casa hoy.

—¿Y no se te ocurre pensar que nosotros también queramos celebrarlo?

Ahora William parpadeó, confuso y asombrado.

—¿Celebrar que yo esté en casa? —quiso saber.

«¡Desde luego que sí!», pensó Dan. «Si Reggie decide organizar una fiestecita, no seré yo quien le diga que no. No veo el momento de que se acabe todo esto, y podamos volver a nuestras vidas de siempre».

Se pasó una mano por el costado con disimulo. Todavía le molestaba, el puñetero. Alzó los ojos hacia Paul, y vio que este le observaba a su vez, con aire preocupado.

«¿Estás bien?», parecían preguntar sus ojos azules. Dan asintió, y volvió de nuevo su atención hacia Reggie. Este ya estaba respondiendo:

—Pues sí. ¿Qué creías? ¿Que me agradan estos numeritos? Te aseguro que cuando vuelvas a estar en casa, me sentiré tan feliz como tú.

—¡Oh, lo dudo mucho! —exclamó William, en tono muy vehemente, incrédulo.

—Si no tan feliz, al menos, muy, muy feliz. Casi tanto como tú, ¿satisfecho? —Reggie le hizo una seña con la cabeza hacia la habitación, añadiendo, seco y firme—: Vamos.

Era una orden, tan tajante como el alarido de uno de esos tenientes de las películas, que les gritaban a los reclutas en toda la nariz para imponerles respeto. Claro que Reggie no necesitaba gritar. Su voz grave, su tono que no admitía discusión, y su mirada gélida, hacían mil veces más efecto que cualquier clase de grito. Al menos, eso opinaba Dan...

Es más, imponía más respeto precisamente por lo queda que sonaba su voz. Si hubiera gritado, habría sonado histérico, nervioso y fuera de sí. En cambio, de este modo sonaba en absoluto control de la situación. La fuerza que llevaba la orden se la daban el tono en el que iba envuelta la palabra, y su mirada. Esos ojos parecían despedir cuchillos de hielo transparente.

Sin embargo, William debía ser inmune, tanto a las órdenes como a la frialdad y el auto-control de Reggie, porque alzó los ojos al techo, haciendo un exagerado y dramático gesto de hastío, y rezongó:

—David, desde luego, eres la antítesis de la amabilidad.

Una vez más, Reggie permaneció imperturbable.

—Sí —contestó—. Y también tengo otras cosas que hacer. No tengo todo el día para estar aquí de charla. —Señaló de nuevo a la puerta con la cabeza, y repitió—: Vamos.

William se acercó un par de pasitos a su habitación, arrastrando los pies. Se detuvo y bufó:

—Yo tampoco tengo todo el día.

—Ya. Quién lo diría.

—Con lo que pesa esto... Ya podrías haberla dejado dentro.

—Nah, ¿para qué? Te viene bien hacer algo de ejercicio.

—Ah. ¿Lo has hecho pensando en mí, entonces?

—M-m.

—Muy considerado por tu parte, David.

—De nada —dijo Reggie con sorna.

Capítulo 2

Reggie apoyó la espalda en la puerta abierta y se cruzó de brazos, mirando a William de modo muy elocuente, como diciendo sin palabras: «¿A qué esperas? ¿No ves que estamos los tres pendientes de ti?».

William hizo otro gesto de hastío, con un suspiro sufriente, y volvió a caminar hacia su cuarto, con pasitos tan pequeños como los de una tortuga con reuma. De nuevo, Reggie permaneció impassible, clavando en él una mirada glacial, y aguardando sin decir nada.

Los ojos de Dan iban de uno al otro con curiosidad. Tenía la sensación de estar asistiendo a una especie de lucha de voluntades, algo parecido a las batallas de rimas que estaba habituado a presenciar entre los raperos, pero mucho más compleja. Aquí no se trataba de dar con un verso particularmente ocurrente, sino de quedar encima, de asumir el control. Por el momento, lo tenía Reggie, pero William no paraba de desafiarle. Cada gesto, cada palabra, era un reto encubierto a la autoridad del jefe.

«Y con lo cansado que está Reggie...», pensó Dan. «No me sorprende que lo tenga de los nervios».

—¿Puedo saber qué cosas tan importantes tiene que hacer un secuestrador? —preguntó William—. ¿Planear vuestro próximo golpe? ¿Llevar al baño a otra de vuestras víctimas? ¿Afilar vuestros largos y mortíferos cuchillos? —Pareció pensarlo mejor, porque añadió, intrigado—: ¿Tienes cuchillos, David?

—¿Tú me ves alguno? —gruñó Reggie, haciendo un pequeño gesto de exasperación, ante la desesperante lentitud de su prisionero.

—No, pero nunca se sabe —contestó este—. ¿Por qué tienes tanta prisa, a ver? ¿Me lo vas a decir? Te veo un poquito impaciente.

Dan tuvo que apretar los labios para retener la risa. Reggie estaba bastante más que «un poquito impaciente». Se le veía tenso, hastiado, y su sangre fría parecía estar evaporándose por segundos.

—Tengo que ir a tirar la basura, ¿no lo ves? —respondió el batería, señalando con la cabeza las bolsas que habían dejado en el suelo, junto a la pared.

William volvió a detenerse. Siguió la mirada de Reggie con la vista. Pareció divisar las dos bolsas por primera vez en su vida, porque abrió grandes ojos de sorpresa, y exclamó:

—¡Ooohhh! ¿Qué hay ahí? ¿Los restos descuartizados y sangrantes de...?

—Los restos del desayuno de hoy, y la ropa de anoche —interrumpió Reggie deprisa.

William le miró con los ojos entornados, gruñendo:

—No tienes ni una pizca de sentido del humor.

—¿Del tuyo ese tan macabro? Te aseguro que no —fue la respuesta de Reggie.

Dan se cubrió la boca con una mano para no reírse en voz alta. Miró a Paul, que estaba haciendo lo propio, con la cara toda colorada por debajo del pasamontañas.

«Un combate verbal entre Reggie y William tiene que ser algo desternillante», se dijo. «William es un provocador nato, y parece disfrutar con esta comedia. En cuanto a Reggie... ¡Míralo! William le pone de los nervios, y parece incapaz de retenerse. Necesita quedar encima a toda costa. Y él que también tiene su propia dosis de provocación... ¡Vaya dos, madre mía! Paul parece a punto de darle algo...».

En todo caso, no le cupo ninguna duda de que Reggie era el mejor para apañárselas con el prisionero. William era mucho William. Tenía más verborrea que todos ellos juntos, incluido Little B, y no le daba vergüenza ni reparo usarla con sus secuestradores. Suerte que Reggie también era mucho Reggie, a su manera...

Dan no se engañaba; Reggie estaba de los nervios. La exagerada lentitud con la que se movía William, que era muy evidente que lo hacía a posta, para hacerle enfadar, o por tardar lo más posible en volver a su cuarto, o las dos cosas... Su charla inagotable, que saltaba de una cosa a otra como un colibrí; Reggie cada vez encontraba más dificultades para seguirla... Y sus agudos ojos negros, que parecían estar estudiándole, todos sus gestos y reacciones, y retándole al mismo tiempo... Todo ello junto le estaba poniendo histérico.

Y no quería perder los nervios, conste. Era muy consciente de que, de cara al prisionero, seguía siendo el jefe de los secuestradores. También sabía que las únicas armas de que disponía, para poder infundirle algo de respeto, eran precisamente la calma y el autocontrol. Y no quería ponerse violento, y meterlo en su cuarto de un empujón. Ni Reggie era esa clase de persona, ni quería serlo. Además, ya les pesaba bastante el chichón que tenía el pobre chico en la cabeza, fruto de la pelea de ayer, y el hecho de tener que mantenerlo encerrado... Pero si era honesto consigo mismo, Reggie tenía que reconocer que William se estaba ganando a pulso llevarse un buen empujón. A ver si así se daba más prisa y dejaba de tocarle las narices, caramba.

«Este ni me respeta, ni nada de nada, te lo digo», pensó. «¿Debería empujarle de verdad, y acabar con esto de una vez? ¿Se sentiría algo más intimidado de esa manera?».

La tentación era muy fuerte. Reggie clavó sus uñas en sus propios brazos para retenerse, y los apretó con firmeza contra su pecho, para recordarse a sí mismo que él no era un hombre agresivo, y que eso no iba a cambiar ahora, de la noche a la mañana. De ninguna manera.

Suponía que en el fondo, el problema no era William. El problema era lo cansado que

estaba él, que a duras penas podía pensar con claridad, mucho menos responder a todas y cada una de las ocurrencias del prisionero. Y sin embargo, se sentía obligado a responder...

¿Por qué? Porque era el jefe. Porque todo el mundo le trataba siempre como «el bueno de Reggie», y en esta ocasión era el malo, muy malo, malísimo, y necesitaba demostrarlo, a ver si así le infundía algo de respeto a su prisionero. William no le conocía de antes, por lo que no sabía eso de «el bueno de Reggie». Pero Reggie parecía llevarlo escrito en un cartel de neón sobre su cabeza, porque William se estaba comportando como si lo supiera. De hecho, no le extrañaría nada que de un momento a otro, empezara a decirle: «Es que eres muy bueno, David, no te enfadas nunca...».

Ese era el problema, ¿no? Que no se enfadaba. O no parecía estarlo, lo cual era algo muy distinto. Porque por dentro Reggie estaba histérico, rabioso, y a punto de ponerse a gritar de pura frustración. Claro que esto William no lo sabría nunca. Reggie gritaría por dentro, por supuesto. Antes muerto que demostrarle al prisionero que tenía tanto poder sobre él y sus emociones.

Además... Bueno, ¿por qué no decirlo? William era inteligente y versado como él solo, el puñetero. Y Reggie, además de arrastrar la fama de bueno, también llevaba auestas la de ser medio tontito. Al menos eso era lo que parecía pensar Jordan, porque le trataba como si lo fuera. Y no lo era, nada más lejos... Pero de nuevo, William no lo sabía. Y Reggie necesitaba demostrárselo. No iba a permitir que el prisionero sacara las mismas conclusiones que Jordan, y asumiera que, como Reggie era «bueno» y no mostraba su enfado, también era retrasado. Y por tanto, que tenía campo libre para burlarse de él, y tocarle las narices a su antojo, porque nunca nada de lo que se le dijera al bueno de Reggie iba a tener consecuencias...

No, William no iba a menospreciar la inteligencia de Reggie. Vale que este no tuviera su misma preparación, porque leía menos libros, algo que le parecía evidente. Pero eso no le convertía en persona inculta, ni mucho menos. Y tampoco en persona con bajo coeficiente intelectual. William iba a encontrar en él por lo menos a un igual, eso no lo sabía él bien...

Por todos estos motivos, Reggie se sentía obligado a responder a cada una de sus frases de un modo que por lo menos pareciera inteligente, aunque solo fuera por no dejarse avasallar. Y no lo hacía pensando solo en él, aunque también, para qué nos vamos a engañar...Tenía además a sus compañeros en mente.

Si William empezara a pensar que los secuestradores tenían un jefe medio tonto, la llevarían clara con él. ¿Quién iba a estar en control de la situación entonces? El más listo, pensaba Reggie, ese era siempre el que estaba en control. Y en este caso sería William, cosa que ninguno de ellos podía permitirse.

«¡Sería ridículo, coño!», se dijo.

¡Pero el puñetero no callaba! Y él estaba ya casi al límite de su imaginación. ¡Y no avanzaba! Allí estaba, caminando pasito a pasito, como si fuera pisando hormiguitas, una por una. Las manos de Reggie empezaron a arder de ganas de irse a por él, agarrarlo por la ropa de mala manera, y meterlo en su cuarto a rastras. A ver si así sus pobres nervios podían tener algo de paz, por favor. La tensión mantenida durante tanto rato estaba empezando a darle dolor de cabeza, lo cual era una incomodidad añadida, y una fuente más de estrés, y por tanto, de

irritabilidad y de mala idea... Volvió a clavar las uñas en sus propios codos para retenerse y no hacer nada de lo que pudiera arrepentirse. Ya había metido la pata suficiente por hoy...

Y por su alma, que estaba deseando salir fuera, deshacerse de la maldita basura de una vez, y fumarse un cigarro o dos... O cuatro... Y besar a Dan. Morderle la boca suavemente, y perderse en ella despacio, recreándose, lamiéndole y saboreándole...

Aunque, pensándolo bien, tal vez sería mejor que no lo hiciera por este orden, sino al contrario. Primero la basura, luego los besos, y luego el cigarro... O los dos cigarros... O los cuatro más bien... Pero eso sería lo último, sí. No quería asquear para los restos a su recién estrenado novio, besándole con el sabor de cuatro cigarrillos seguidos en los labios...

Novio... Un momento. Lo había olvidado. Antes de pasar a los besos, Reggie tenía que pedirle perdón por eso, por la metedura de pata. Había sido la más grande que había cometido en su vida. Una cosa como esta no podía quedar sin una disculpa en condiciones. Había que disculparse, y luego preguntarle a Danny si podía darle un besito, y a partir de ahí ya verían... Rayos, y Reggie que tenía tantas ganas de comerle la boca, que empezaban a escocerle los labios de necesidad...

¿Lo ves? Y todo por estar cansado... Y todo porque William le ponía de los nervios con su charla... Si no hubiera estado tan jodidamente exhausto, y si William no fuera un papagayo con vocación de colibrí, Reggie no habría metido la pata. Y ahora no tendría que disculparse de nada con su persona especial. Y sí podría pasar a los besos en cuanto se vieran en el callejón. Si es que...

Pero ya estaba hecho. Y Reggie tenía que arreglarlo como fuera. Suponía que Dan no debía estar muy enfadado. Vaya, no parecía odiarle, lo cual ya era una buena noticia. Lo veía allí, junto a Paul, cubriéndose la boca con una mano. La risa bailaba en sus ojos negros, y algo más...

Dan pareció sentir que Reggie le estaba mirando, porque volvió la vista en su dirección a su vez. Y cuando sus ojos se encontraron, Reggie pudo ver en él una expresión curiosa. Decididamente, no era enfado. Le pareció más bien complicidad, intimidad... Sus ojos brillaban de modo diferente, como si estuvieran llenos de orgullo y de ilusión, y parecían decir: «Tú y yo, Reggie. Tú y yo ahora somos un “nosotros”. Para siempre». Claro que esto podría ser solo su imaginación...

Reggie volvió la vista hacia William, una vez más. No quería bajar la guardia con el prisionero. No se fiaba de él. Y tampoco quería hacerse demasiadas ilusiones, ni sacar demasiadas conclusiones mirando los ojos de Dan... Hubiera lo que hubiera en ellos, nada le iba a librar de tener que disculparse.

Maldición, y él que estaba deseando besarle. Se moría por hacerlo, en serio. Estaba tan sediento de besos, como el hombre que llevara varios días vagando por el desierto, sin agua ni provisiones, buscando desesperadamente un oasis, y lo viera por fin, al otro lado de una duna, y no pudiera llegar hasta él. Tenía a Dan a dos pasos. Solo tenía que moverse dos miserables pasos, agarrar su cabeza con una mano, atraer su boquita hacia sí... Y ya estaría hecho, ya estaría en su particular oasis, ya estaría en el paraíso. Eso era Dan para él, un oasis donde reponer fuerzas, un regalo del cielo, una bendición, un dulce delicioso...

¡Pero no podía hacerlo! Y no podía porque William no acababa de meterse en su cuarto de una vez, poniéndole fin así a esta comedia ridícula. Comedia que para Reggie, a estas alturas, ya estaba empezando a dejar de serlo, para pasar a convertirse en un tocamiento de huevos de proporciones bíblicas... No podía besar a Dan por culpa de William. ¿No era para reventar?

Y Reggie que con cada minuto que pasaba, estaba más y más sediento de besos... Y William que no avanzaba... Y Paul que no paraba de reír, el muy imprudente. Se tapaba la boca también con una mano, igual que Dan. Pero él no tenía la sutileza del rapero, ni mucho menos. Vale que se hubiera cubierto la boca con una de sus manazas, pero ahí acababa todo su esfuerzo por ser discreto. Se reía entre dientes con todo el descaro, y tenía la cara roja por debajo del pasamontañas. Parecía a punto de darle algo.

«Como para contar con él, si William nos hace un extraño... O para infundirle respeto al prisionero, vaya, ya lo ves... Este no es capaz de infundirle respeto ni a un hámster anémico. Si es que...», pensó Reggie, frustrado. «Y no puedo entender qué demonios le hace tanta gracia. Yo lo que siento es impotencia, rabia, prisa... No. Lo que estoy es furioso, coño. Tenemos poco tiempo. Jordan puede llamar en cualquier momento para decir que son las dos, y que tenemos que llamar de nuevo a Troy. ¡Y en lugar de estar morreando a mi novio, estoy aquí, haciendo el imbécil, mientras nuestro prisionero nos hace uno de sus numeritos! ¿No se da cuenta Paul de que estoy que se me llevan los demonios? Porque vamos, a estas alturas, ya debería conocerme un poquitín...».

Y no menos importante: ¿William tampoco se daba cuenta del enfado de Reggie?

«Sí se la da», se dijo este. «Lo está haciendo a posta, te lo digo. Lo hace para provocarme, a ver quién queda encima. Y no va a ser él».

Tomó aire, despacio y profundo, y tensó sus brazos cruzados sobre su pecho, armándose de más sangre fría. Esto estaba siendo muy, pero que muy difícil. Pero Reggie había hecho cosas difíciles antes. Podía ganar esta particular batalla. Eso no lo sabía bien William...

Capítulo 3

Por su parte, William se daba perfecta cuenta de que David estaba furioso. No era tan obtuso, nada más lejos. Pero él disfrutaba provocando, qué se le iba a hacer. Y este hombre le recordaba tanto a Troy, en sus gestos y sus reacciones, que para William era sencillamente imposible no hacerlo rabiar. Igual que hacía con Troy.

Claro que este tipo tenía la cara cubierta, y lo único que se podía ver de él eran sus furibundos ojos claros, y sus labios. Estaban tan fruncidos, que casi parecían un punto rosa, en medio de un círculo de blanquísima piel, lo único que dejaba expuesto el pasamontañas negro. David le recordaba a Troy, sí. Pero a la vez, los dos no tenían nada que ver. El dragoncito se ponía guapísimo cuando estaba enfadado. Un machito frustrado y delicioso, eso parecía. Y David, pues no. Eso le quitaba gran parte de su encanto a la experiencia, la verdad...

Ah, pero William tenía más de un motivo para jugar a ponerlo de los nervios. Y su segunda razón también tenía que ver con Troy...

David acababa de transmitirle alguna información acerca de su novio. Y aunque había sido muy escasa, estas eran las primeras noticias reales que William tenía de su dragoncito desde anoche, hacía ya casi doce horas. Y William no quería expresar lo que sentía sobre ello, ¿vale? No, mientras estuviera en presencia de sus secuestradores.

Un secreto instinto le impelía a proteger a Troy, y también a sí mismo. ¿Quién sabía lo que estos tipos podían llegar a pensar si le veían ponerse emocional? Y lo de pensar era lo de menos. Si por él fuera, que pensarán lo que quisieran. Lo importante era lo que podían llegar a hacer después. Demostrar que le había afectado saber algo de Troy era lo mismo que demostrar un punto débil. Y William, como era lógico en su situación, tenía miedo.

No, tenía que protegerlos a los dos. Y el único modo que tenía de hacerlo, era no mostrando sus verdaderos sentimientos a sus secuestradores. Claro que para esto, tenía que mantenerse sobre sus guardias, y no pensar en Troy, ni en las noticias que acababa de oír. No todavía. No hasta que estuviera solo, y nadie pudiera verlo.

Por eso saltaba de una cosa a otra, y entablaba un diálogo de besugos tras otro con David, y se hacía de rogar para volver a su cuarto... Lo hacía en parte para despistar a los secuestradores. Y también para distraerse a sí mismo y no pensar. No se podía pensar en cosas serias cuando uno tenía que pinchar y provocar al jefe de sus secuestradores, y ponerlo frenético, y responder a todas sus respuestas... Porque era listo y vivo de veras, este David. No le dejaba pasar una. Y William estaba encantado. Era muy difícil dar con alguien que estuviera a su misma altura. En verdad, Troy era el único, pero... ¡Ah! ¡Ya había pensado en él otra vez!

«No, no. Ya tendré tiempo de pensar cuando esté en el cuarto», se recordó. «David dice que me dejará la radio hasta el almuerzo. Pero ninguno de nosotros sabe qué hora es, así que aún puede pasar mucho rato...Tengo tiempo de pensar a solas».

Eso sí. Era inútil negárselo a sí mismo. Al oír nombrar a Troy, su corazón había dado un saltito de ilusión dentro de su pecho.

«Lo que daría por poder ver sus ojos grises echar rayos de impotencia y frustración, no los de David», se dijo. «Le daría besitos en la barbilla para calmarlo. Le diría que le quiero, y que solo era un juego, dragoncito, relájate, ¿vale? Le daría un bocadito en esa jugosa boquita que tiene, y...».

Durante un fugaz instante, le pareció ver a Troy ante sí, de pie en el espacio vacío que quedaba entre David y él. De hecho, su imagen eclipsó la del otro hombre, y solo pudo verle a él, a Troy, tal como le había visto tantas y tantas veces antes, en alguno de sus juegos de seducción.

Troy estaba serio. Sus ojos grises le miraban, entornados, con las pupilas brillando entre sus dos hileras de sedosas pestañas. Su boquita estaba fruncida en un gesto de frustración. El dragoncito tenía el labio superior algo más grueso y colmado que el inferior. Los dos eran igual de blanditos, sin embargo, y cuando los fruncía así, a William le temblaban las piernas. Si encima tenía una barbita de dos días cubriéndole las mejillas, se le iba por la ventana la capacidad de pensar...

Se interrumpió. Por ahí no iba bien. David estaba ante él, clavándole sus inteligentes ojos azules. William tenía que meter de nuevo abajo y adentro sus desbocadas emociones, que ya estaban amenazando con querer desbordarse por sus ojos en forma de lágrimas —sí, así de repente; le bastaba con pensar en Troy, y volver a verlo en su mente—, esconderlas donde nadie pudiera verlas, y fingir y hacer teatro, para despistar y protegerlos a los dos. Ya que estaba, guardaría también muy dentro de sí la imagen de Troy, para volver a verla más tarde, y poder desahogarse a solas...

Esa imagen era su tesoro, su posesión más preciada. No iba a contaminarla, viéndola en su mente mientras estaba delante de estos tipos. Iba a guardarla con mimo donde merecía estar: dentro de su corazón. En verdad, Troy y los recuerdos que tenía de él, se habían convertido en su refugio, su consuelo y su esperanza. Él era el único hilo invisible que le unía con la vida que había fuera de estas cuatro paredes. Era su único nexo con el mundo, con su trabajo, y con la persona que había sido William antes de... Bueno, antes de que llegara la mañana de ayer, y estos desaprensivos le arrancaran de su lado.

William no sabía si estos tipos estaban al corriente de la relación que compartían Troy y él. No sabía si Jordan se lo había dicho. Pero por si acaso, estaba decidido a conseguir que, en lo que a él respectaba, no pudieran enterarse.

«Bueno, pues el espectáculo debe continuar, ¿no?», pensó, no sin algo de amargura.

Desde luego, quien fuera que inventó la frasecita debía referirse a una obra de teatro, o a una actuación musical, no a esto. Ah, pero la vida tenía un muy irónico y desagradable sentido del humor a veces...

«Por ti, Troy», pensó.

Y, armándose de todo su coraje, toda su maestría en el arte dramático, y toda su experiencia

fingiendo y mintiendo mientras estuvo en el armario, viviendo con su familia, el cantante de los Dragon Riders se dispuso a representar el siguiente acto de esta particular comedia.

William volvió a hacer un gesto de hastío, alzando los ojos al techo.

—¡Oh, está bien, Señor Desagradable! —dijo, con exagerado dramatismo—. Te dejo que vayas a tirar la basura.

«¡Y tiene la cara dura de parecer hastiado!», pensó Reggie. «¡Él! ¡Si soy yo el que está hasta el pasamontañas!».

—Dale recuerdos de mi parte a los gatos callejeros —añadió William, enfilando hacia su cuarto, con todo el aire de una diva de Hollywood de los años cincuenta que se retirase a su camerino, envuelta en una bata de seda y una boa de plumas.

—Lo haré —respondió Reggie, seco y cortante—. No te quepa duda.

William había llegado al fin —¡por fin!— al umbral de la habitación. Reggie se movió deprisa para cerrar la puerta. De hecho, la tenía ya agarrada para empujarla. Pero de pronto, el prisionero se detuvo otra vez. Se volvió. Le sonrió a Reggie, y movió las cejas, diciendo, en tono confidencial:

—Di la verdad, David. En el fondo, estás deseando fumarte un cigarro. Reconócelo...

—¡Sí! ¿Contento? —exclamó Reggie, en el colmo de la exasperación. Hizo la intención de cerrar la puerta, añadiendo—: ¡Vamos, adentro!

De nuevo, William no pareció en absoluto intimidado por su evidente enfado. Le miró con una sonrisa provocadora y le hizo una mueca, mostrando los dientes, y ronroneando:

—¡Oh, qué hombre tan *rawr*! Si yo no estuviera comprometido... Y si tú no tuvieras ese novio con el trasero tan redondito... Tal vez llegaríamos a tener algo tú y yo...

Reggie se quedó por un instante estupefacto, en duda entre sentirse indignado, ante la sugerencia de poder llegar a tener algo con el prisionero —¡como si no hubiera hombres en el mundo!—, halagado por lo de *rawr*, algo que nadie le había dicho nunca, o tremendamente furioso porque... ¿William acababa de decir que Dan tenía el trasero redondito? ¿Y cómo lo sabía? ¿Había estado mirándose, el muy perverso?

—¿Has estado mirando el culo de mi novio? —gruñó, por entre sus dientes apretados.

—¿Tú no? —fue la respuesta de William, en tono lánguido y sugerente.

—¡Eres el colmo de la poca vergüenza! —se enfureció Reggie, sintiéndose enrojecer.

La sola idea de que este... Este perverso depravado, por decir algo, hubiera estado posando sus malintencionados ojos en el precioso y perfecto trasero de Dan, era suficiente para poner a Reggie frenético de ofensa e indignación. Dan era su delicado ángel, y no iba a consentir que nadie le mirase de modo sexual, ni pensara cosas de su trasero. Punto.

A ver... El chico estaba como un queso, todo había que decirlo. El propio Reggie ya estuvo sacándole medidas ayer, desde que los cuatro secuestradores se reunieron en casa de Little B, antes de empezar toda esta locura. No pudo evitarlo. Aquel trasero, su cintura recta y el pecho firme y marcado que tenía el rapero eran la perfección. Pero su cara también era perfecta, y su voz, y... ¿Qué demonios hacía William mirando a su chico?

La ira le envió otro golpe de sangre a las mejillas. Ira hacia William, por ser tan asqueroso, y también ira hacia sí mismo. Porque aquí estaba, entrándole al trapo, una vez más, y pensando en el trasero redondito de Dan... ¡Y no debía! ¡Tenía que pensar solo en William! ¡El muy bandido había conseguido distraerle! Reggie sintió que su furia alcanzaba una nueva dimensión.

Apretó los dientes, mirando al prisionero de modo terrible. Una vez más, William no pareció en absoluto afectado por su expresión asesina. Le miró por encima de uno de sus hombros a su vez, y dijo:

—David, no te enfades, que te pierdes...

—¿Quieres entrar de una vez? —articuló Reggie, con voz queda y grave.

Se esmeró por pronunciar cada sílaba en tono amenazante, cargándola bien de veneno, para que William no tuviera ninguna duda de que le odiaba por haber osado hacer el sacrilegio de mirar el culo que no debía.

«¡Le he dicho que es mi novio! ¿Y se atreve a hacer eso? ¡No tiene perdón!», pensó, viéndolo todo rojo por la ira.

William pareció apiadarse de él por fin, porque cruzó el umbral, dando un pasito hacia el interior, lo suficiente para permitirle cerrar la puerta. Reggie no le dio la oportunidad de arrepentirse y dar paso atrás. Empujó la puerta sin miramientos para cerrarla...

Pero en el momento de hacerlo, cuando solo quedaba una rendija entre ellos, con la cara de William a pocos centímetros de la suya, vio que el prisionero le sonreía otra vez. Le hizo una mueca feroz, de broma, y le dijo, en voz baja y susurrante:

—Si eres igual de *rawr* en la cama, tu novio es un hombre afortunado, chico.

Reggie sintió la ira y la frustración hirviendo por sus venas. Las manos le ardían ahora de ganas de atizarle un puñetazo en toda la cara a William, incluso estando cargado con la radio como estaba el otro joven. Atizarle y enviarle contra la pared opuesta, por descarado, por perverso, por sinvergüenza, por... Por ser más astuto que un zorro, y por haber encontrado su punto débil, a pesar de todos los esfuerzos que había hecho Reggie para que no lo hiciera. Por haber sido más listo que él, en definitiva. Por haber ganado.

De hecho, se contuvo por puro milagro. Temblando de rabia, se agarró a la puerta con las dos manos, y clavó ahora las uñas en ella, para retenerse y no darle un violento empujón. William estaba demasiado cerca, y podría hacerle daño sin querer. Y de veras que Reggie no deseaba herirle. Pero es que esto había sido superior a sus fuerzas...

—¿Sabes qué? —contestó, con toda su mala idea—. No sé cómo lo hace Troy para aguantarte.

William titubeó un instante, apenas una fracción de segundo, como si fuera a decir algo y hubiera logrado retenerse a su vez, justo a tiempo. Reggie tuvo la extraña sensación de que había dado en una fibra sensible, y sintió un instante de alivio y satisfacción, al saber que estaban igualados otra vez. No había ganado William, después de todo. Reggie también tenía alguna clase de poder sobre él...

Pero la sensación se esfumó en seguida. William parpadeó y volvió a sonreír, meloso y seductor, respondiendo:

—Di más bien que yo le aguanto a él. Fuma tanto como tú. Y usa la excusa de ir a tirar la basura. ¡Igual que tú!

Reggie volvió a apretar los dientes.

—¡Bueno, ya está bien! —rugió.

Y cerró definitivamente. Mientras echaba el cerrojo con un gesto brusco, oyó decir a William al otro lado de la puerta:

—¡Un encanto de persona! ¿Me oyes, David? ¡Eso es lo que eres!

—¡Oooorh! —gruñó Reggie en voz baja, apoyando la frente en la puerta, y apretando un puño sobre ella, por encima de su cabeza—. ¡No le aguanto, de verdad! ¡Me pone frenético!

—No cabe duda de que tiene sentido del humor —oyó murmurar a Paul.

Y Reggie tuvo deseos de asarlo a la parrilla, a este también, al detectar una sonrisa en su voz. Este último numerito parecía haberle hecho especial gracia; se había reído con todas sus ganas, el muy traidor. Furioso todavía, el batería se volvió para mirar desde abajo a su compañero de modo sombrío. Pero antes de que pudiera contestar de alguna manera, intervino Dan, con voz suave y queda:

—Y es todo un seductor...

Reggie se volvió hacia él. La voz de Dan, juvenil, limpia y viril, se había sentido en sus pobres oídos como un arroyo de agua fresca, para un hombre que llevara los pies cansados de caminar descalzo durante horas por un bosque: refrescante, vivificante, renovadora...Había apagado como por arte de magia buena parte de su furia. Aún sentía la ofensa, desde luego, como un dolor sordo en el alma. Solo con pensar que William había estado mirando a su precioso ángel, volvía a arderle la sangre de ira. Pero ahora era más soterrada, más fría.

En el fondo de su corazón, Reggie sabía que William solo había tenido la intención de provocarle y de hacerle rabiar. Que solo había hablado para enfadarle y quedar encima. Que todo había sido una simple lucha de poder. Pero aún iba a necesitar unos minutos para poder calmarse lo suficiente, como para que la ira se disipara del todo, y pudiera llegar a perdonarle.

—Si es a ti, que no te conoce, y eres su secuestrador... —continuó Dan, mirándole muy serio—. Y ha estado haciéndote insinuaciones... ¿Qué le hará a Troy? No me puedo imaginar a este hombre en modo conquista. Eso debe ser una bomba.

Reggie sacudió la cabeza.

—No es mi tipo, te lo aseguro. Esta clase de juegos me ponen rabioso —contestó—. Y tampoco ha estado insinuándose. Ha estado tocándome las narices.

—Es un juego de seducción, cariño —murmuró Dan—. Uno de ellos. Y uno muy eficaz.

Miró a la puerta cerrada de William, con aire preocupado y pensativo. Reggie sintió un nudo de congoja en el corazón. Primero había metido la pata con aquel «mi novio», y ahora William hacía esto... ¿Qué debía estar sintiendo su precioso ángel?

—Danny, mi vida, te aseguro que conmigo no tiene nada que hacer —se apresuró por decir, muy serio a su vez.

Dan volvió a mirarle y le sonrió con dulzura.

—Ya lo sé —repuso—. No estaba pensando en ti, sino en Troy. Algo me dice que esos dos son pareja.

—¿En serio? —se extrañó Reggie, volviéndose para mirar también a la puerta cerrada que tenía a su espalda.

—¿Y por qué es importante si lo son o no? —preguntó Paul.

—Porque Jordan nos habría hecho separar a una pareja, sin nosotros saberlo, para extorsionar a Troy —respondió Dan.

Reggie se volvió hacia él, una vez más. El rapero concluyó, mirándole de modo muy elocuente por debajo de su pasamontañas:

—A mí no me gustaría que me lo hicieran, la verdad...

Reggie se mordió los labios. Tenía razón, maldita sea. Sin pensarlo, alzó un poco la voz para hablarle a William:

—¿Quién es tu pareja, William? ¿Es Troy?

Miró a la puerta cerrada. El prisionero respondió también en voz alta, al otro lado:

—¡Tengo derecho a tener vida privada!

—Es que como hablas tanto de él...

—¡Pff! ¡Vivo con él! ¡Como para no hablar!

—¿Lo ves? Entonces, es tu...

—¡Por si no lo sabías, los cuatro Dragon Riders compartimos piso en Nueva York, David! Con lo que vale la vivienda, y lo poco que ganamos, no está la cosa como para andarse con remilgos. ¡Por cierto! ¿Tú no tenías basura que tirar, y un cigarro que fumar?

Reggie sintió los pasos livianos de Dan acercarse por detrás. Su mano le agarró un brazo con cuidado, y su voz cuchicheó a su espalda:

—Déjalo. Tiene miedo. Y es natural. Yo tampoco lo diría de estar en su lugar.

Otra vez tenía razón. Sintiéndose bastante más aplacado, y también con el corazón pesado, que todo había que decirlo, ante la idea de que pudieran haber separado una pareja sin ellos saberlo, Reggie apretó con cuidado la mano de Dan sobre su hombro, y luego se movió para quitarse el pasamontañas, aún mirando a la puerta de William. Tenía calor. Su frente estaba perlada de sudor. Y su pelo húmedo se le pegaba a la piel...

Capítulo 4

«Me va a descubrir, ya lo verás», pensó William. «Se va a dar cuenta de que Troy es mi pareja. ¿Para qué demonios le habré dicho que tengo novio? Con lo inteligente que es este tipo, no necesita mucho para unir dos y dos...».

Abrió oído a los sonidos del exterior, aún cargado con la pesada radio en los brazos. Pero por mucho que se esforzó, lo único que pudo escuchar fue un golpe seco contra la puerta, como si alguien se hubiera dejado caer sobre ella, y un murmullo apagado. Luego escuchó un roce contra la madera, que tal vez fuera el cuerpo de David que se retiraba, y después de eso, solo hubo silencio.

«Sin embargo, no se han ido. No he oído pasos», se dijo. «Y tampoco ha sonado el cerrojo de la puerta de hierro, así que no han salido a la calle. ¿Qué están haciendo, entonces?».

Intrigado, tuvo la idea de pegar la oreja a la puerta, por si así lograba captar algo más. Pero la radio pesaba de veras, y era un armatoste voluminoso, que le iba a poner difícil eso de espiar. Lo mejor que podía hacer era dejarla en el suelo cuanto antes.

William caminó de puntillas hasta su esterilla, y se inclinó para depositar sobre ella la radio y las cintas. Luego se incorporó de nuevo, frotándose los brazos y resoplando en silencio por el esfuerzo. Con tanta comedia, se había llevado un buen rato con el trasto este en los brazos, y ahora le dolían todos los músculos. Flexionó y estiró los codos un par de veces, para darles algo de juego, y devolverles la flexibilidad y el movimiento a sus pobres brazos, que se habían quedado agarrotados por el peso. Apenas se sintió un poco mejor, volvió de nuevo su atención al pasillo.

Fuera todo parecía continuar en silencio. William caminó de nuevo de puntillas hacia la puerta, y se apoyó con cuidado en ella, pegando la oreja a la madera.

«¿Estarán hablando de mí?», se preguntó. «¿De Troy? ¿Por qué no se han ido?».

Entretanto, Troy continuaba en la comisaría, sentado ante la mesa del detective que llevaba el caso. Seguía teniendo a Frank instalado a su lado, con Austin a su espalda. Hudson permanecía de pie detrás de Troy, aunque por fin había retirado la mano de su hombro, menos mal. El peso y el calor de aquella mano ya habían empezado a resultarle más que molestos...

—En todo caso —estaba diciendo Fitzgerald—, el tema del inusual vehículo que utilizó el señor Grant anoche, y su igualmente inusual equipaje preocupaba al mayordomo, por eso no anoté.

Dejó su cuaderno sobre la mesa y los miró a todos, añadiendo:

—En un principio, quise verlo como una excentricidad más, algo propio de una estrella con más dinero del que puede gastar. Pero después de toda la información que me han dado ustedes hoy, que es mucha... —Miró a Troy y asintió, admirado—. Creo que las piezas empiezan a encajar.

«¡Ah, por fin! ¡Ya era hora!», pensó Troy. «¿Cuándo va a ir a detenerlo, y a rescatar a Will?».

Como si le hubiera leído la mente, Fitzgerald alzó un dedo, a modo de advertencia, diciendo:

—Pero... Tengo que tener mucho cuidado. —Mantuvo sus ojillos oscuros clavados en él desde detrás de sus gafas de pasta marrón, concluyendo, en tono confidencial—: Es una estrella, no podemos olvidarlo. Acusarlo abiertamente perjudicaría mucho a su imagen.

Troy sintió una oleada de ira en el estómago. «¿Su *imagen*?», repitió para sí, indignado. «¿Y qué es más importante? ¿La imagen de Jordan? ¿O la vida de William?».

—Si me equivoco en mis suposiciones, podría costarme el puesto —siguió diciendo Fitzgerald, en el mismo tono.

Su expresión era muy vehemente ahora, intensa y penetrante. Troy pudo escuchar lo que *no* dijo, a saber: «No vayáis a ir diciéndole a la prensa que la policía sospecha de Jordan Grant, porque me veré de patitas en la calle».

«¡El puesto!», pensó el guitarrista. «Eso es lo importante, entonces. Ni William, ni la imagen de Jordan, sino el puesto de Fitzgerald. Bien, bien, recibido. No diré ni media palabra. Ahora, ¿cuándo va a ir a por William?».

No contestó, sin embargo. Se limitó a mirar al detective a los ojos a su vez, esperando que con eso fuera suficiente para que el otro hombre entendiera también su mensaje.

En verdad no habló porque estaba agotado. Esta charla estaba durando ya demasiado tiempo, mucho más del que había previsto en un principio. Y ahora que por fin le parecía que iba en la dirección correcta, o más o menos, Troy no se atrevía ni a abrir la boca, no fuera a ser que dijera algo sin querer, que pudiera ofender al otro hombre, y lo mandara todo al traste otra vez. Ya le había costado lo suyo relajarse y hablar con él de modo civilizado, a pesar de estar furioso... Y lo había hecho solo por William, y porque Hudson se lo pidió...

Pero ahora se sentía exhausto, y no tenía fuerzas para volver a emprender la misma danza. Si Fitzgerald se ofendía otra vez, Troy se levantaría y se iría, y no quería tener que llegar a eso. Seguía teniendo muy presente que este hombre era el único que podía encontrar y salvar a William.

Apretó los labios con fuerza, no se le fuera a escapar algo de lo que estaba pensando. Por suerte para él, Fitzgerald no parecía esperar ninguna respuesta de su parte. Continuó hablando casi en seguida, con aire visiblemente satisfecho, apoyando de nuevo los codos sobre la mesa, y

una mano en la otra.

—En este sentido, la noticia del coche del secuestro es estupenda —explicó—. Si encuentro en él una sola prueba científica, una sola que sea de peso... —Volvió a mirar a Troy de modo penetrante, pero ahora por encima de sus gafas, y concluyó, muy serio—: Iré a por nuestro hombre, joven. No le quepa duda.

Troy suspiró.

—Espero que la encuentre, entonces —se limitó a decir.

«Y que sea rápido», añadió en su mente. «Porque William ya lleva veinticuatro horas desaparecido. Y al recordar lo de las pruebas de sonido, he vuelto a sentir la ansiedad en la barriga. Ya debe ser la hora del almuerzo. Ray querrá saber si vamos a ir al estadio esta tarde o no. Y yo todavía no sé lo que voy a decirle...».

Por su parte, Fitzgerald asintió y dijo:

—Me ocuparé de que mis compañeros de la Policía científica empiecen a trabajar con ese coche lo antes posible.

—Gracias, teniente —contestó Hudson.

El detective se inclinó a un lado y abrió un cajón de su mesa. Estuvo unos instantes rebuscando entre las varias cosas que debía haber en él. A juzgar por los sonidos y golpes que procedían del cajón, y por sus gruñidos entre dientes, debían ser muchas, y no parecían estar poniéndole fácil encontrar lo que buscaba. Tardó un rato, pero al fin, cerró el cajón y alzó en una mano una tarjeta blanca de visita. Se la ofreció a Troy con dos dedos, diciendo:

—Tenga. Aquí tiene el número de este teléfono. —Señaló con la otra mano el aparato que tenía a su lado, sobre la mesa—. Si tiene noticias del secuestrador, o alguna otra novedad, solo tiene que llamarme.

De nuevo, Hudson contestó antes de que Troy pudiera hacerlo.

—Muchas gracias, teniente —dijo—. Eso nos ahorrará tener que venir a molestarle cada vez que sepamos algo.

Fitzgerald esbozó un gesto torcido, que en él debía ser el equivalente a una sonrisa. Troy tuvo la sensación de que sus astutos ojillos oscuros brillaban ahora más que cuando llegaron, y que parecía animado y con más energía, casi contento.

«Y no es para menos», pensó. «Le estamos resolviendo el caso, vaya».

Hizo un pequeño mohín, pero tomó la tarjeta.

—¿Estará usted aquí? —preguntó, echándole un vistazo al número, antes de guardarla en el bolsillo interior de su chaqueta de cuero—. ¿No tiene que irse a comer? ¿A qué horas le puedo

llamar?

—A cualquier hora —gruñó Fitzgerald, poniéndose bien las gafas—. Siempre estoy aquí.

«Pues a ver cómo va a encontrar a William, si no sale», se dijo Troy. «Claro que esto también confirma mis sospechas. Este hombre no come, no duerme, no se va a su casa... ¿Tendrá casa? ¿O solo trabaja y trabaja?».

Arrugó la nariz. Si esto era así, le pareció que era una vida muy triste. Él no la querría para sí mismo.

—Está bien —asintió.

Se movió para levantarse, y solo entonces se dio cuenta de que estaba todo entumecido, por llevar tanto rato de la misma postura. Al ponerse de pie, notó de repente la cabeza ligera, y le dio un pequeño mareo. Se agarró a la mesa con disimulo con una mano, hasta que el vértigo hubo pasado, y parpadeó, tratando de aclararse la vista. Llevaba muchas horas sin comer, y había sido una charla intensa. Sería por eso.

Una vez más, Hudson ya estaba hablando por él, mientras le ofrecía la mano a Fitzgerald:

—Teniente, si no tiene que decirnos nada más...

—Nada, por el momento —dijo Fitzgerald, levantándose también para estrecharla.

—Entonces nos marchamos. ¿No, Troy? —concluyó el abogado.

—Sí. Hemos dejado a nuestro amigo Seth solo en casa, y estoy preocupado —explicó el guitarrista—. No sabemos si le ha llamado el secuestrador.

Fitzgerald asintió.

—Si lo ha hecho, llámenme y díganme lo que sea —contestó.

—Así lo haremos, teniente —dijo Hudson, mientras Fitzgerald les estrechaba las manos también a Frank y a Austin.

Troy fue el último en despedirse de él. En el momento de darle la mano, un apretón breve, formal y decidido, el detective le miró de nuevo desde detrás de sus gafas, y le dijo:

—Siento si le ha molestado que indagara en su vida privada.

—No pasa nada —respondió Troy, encogiéndose de hombros.

No lo sentía de veras. El viaje al pasado forzoso que había tenido que emprender para contentar a este hombre le había fastidiado bastante, y ahora se sentía agotado. No obstante, sabía que Fitzgerald no iba a apreciar que se lo dijera, así que guardó silencio. De todas formas, el mal rato ya había pasado, y había quedado atrás, y él tampoco iba a ganar nada diciéndolo.

Pero al pensar en William, se le había venido a la mente algo que su novio le había dicho en alguna ocasión...

—En realidad, debería ir acostumbrándome —añadió, en un intento por bromear—. Los Dragon Riders queremos ser famosos. Y ya sabe usted que los famosos no tienen mucha vida privada...

Fidgerald soltó un ruidito, parecido a una risita ronca y cascada, y contestó:

—Cuando oí decir al letrado que era usted un gran hombre, no lo entendí. Pensé que el afecto le habría nublado el juicio.

El detective miró a Hudson, que se limitó a sonreír, y luego miró de nuevo a Troy, serio ahora y casi solemne.

—Después de esta charla, tengo que decir que me equivoqué —concluyó—. Me alegro de haber hablado con usted.

Troy no supo muy bien lo que decir. ¿Sería posible que Fitzgerald ya no le tuviera por un niño peleón? ¿Sería posible que incluso hubiera empezado a apreciarle? En realidad, no tenía modo de saber lo que estaba pasando por la mente de este hombre.

De nuevo, por suerte para él, Fitzgerald no pareció esperar un discurso por su parte. Le apretó un brazo con una mano, un gesto que quería ser afectuoso, pero que a Troy le supo seco, rígido y un poco forzado, y le dijo:

—Encontraremos a su novio, joven.

Luego le miró desde detrás de sus gafas con algo de complicidad, si es que eso era posible, y con una media sonrisa. Y antes de que Troy pudiera reaccionar de ninguna manera, se apartó, y se puso a buscar en los bolsillos de su chaqueta, murmurando para sí:

—¿Dónde habré metido el dichoso tabaco? —Sacó un paquete, arrugado y vacío, y lo sacudió en vano sobre la mesa, rezongando—: ¿Será posible...?

Troy sonrió. Al final, iba a tener algo en común con Fitzgerald. Vamos, esto era increíble.

En todo caso, ya no le parecía un perro rabioso, sino solo un hombrecillo mal aseado, y tan adicto a la nicotina como él mismo. Y sin tener que pensar mucho, supo lo que tenía que hacer...

Frank ya se había apartado de la silla que había estado ocupando durante los últimos minutos. La había dejado tal como estaba, pegada a la mesa, y había hecho lo propio con la de Troy, mientras este se despedía del detective. Estaba preparado para darse la vuelta e irse, a una señal del abogado, cuando vio que Fitzgerald sacudía un paquete de tabaco vacío sobre su mesa, gruñendo

para sí.

Entonces Troy les dio a todos una nueva sorpresa. Sonrió, sin un ápice de maldad. Se llevó la mano a su propio bolsillo, y sacó su paquete de tabaco. Se lo ofreció al detective, diciendo:

—Tenga, quédese. Ya está empezado, pero bueno. Tendrá tabaco durante un rato.

Frank también sonrió, enternecido. ¡Qué noble era este hombre! Era muy obvio para cualquiera que los viera juntos, que no se llevaba nada bien con Fitzgerald. Y sin embargo, aquí estaba, socorriéndole y dándole su propio tabaco.

«Qué gran corazón tiene», se dijo Frank.

Fitzgerald pareció un poco sorprendido, pero tomó el tabaco, y murmuró:

—Gracias.

—De nada —se encogió de hombros Troy—. *Boy scout*, ya sabe...

El detective hizo un ruidito, que quería parecer una risita o un sonido de asentimiento, o tal vez ambas cosas, Frank no habría sabido decir. Sacó un cigarro y lo prendió en seguida, gruñendo:

—Llámeme, joven.

Troy volvió a sonreír, casi con ternura ahora.

—Y usted también —contestó.

—Cuenta con ello —dijo Fitzgerald, soplando el humo al techo.

Y sin más, se volvió. Les dio la espalda, y se puso a revisar los papeles que había colgados en el panel de corcho que tenía detrás de su mesa, en la pared. Troy se dio la vuelta para marcharse, aún sonriente. Cambió una mirada con Frank, y luego pasó por su lado, y caminó unos pasos detrás de Austin. Frank se fue tras él.

—Hasta la vista, teniente —oyó decir a Hudson a su espalda.

—Adiós —gruñó Fitzgerald.

Frank se situó junto a Troy. Austin ya estaba murmurándole a su amigo:

—Yo no sé vosotros, pero tengo un hambre...

—Y yo —contestó Troy—. Y estoy cansado. Ha sido una mañana intensa...

—Y que lo digas.

—Entonces, ¿vamos ya para vuestra casa, chicos? —preguntó Frank, más que nada porque

era el que conducía, y quería saber cuál iba a ser la siguiente parada.

—Sí —repuso Troy—. No sé si Hudson querrá... —Se detuvo en seco, agarrando a los dos con ambas manos para frenarlos también, diciendo—: ¡Un momento!

Frank se preguntó qué podría pasarle. Pero ya Troy se estaba volviendo hacia el abogado, llamando:

—¡Hudson! ¿Puede decirnos cómo se sale de aquí?

Frank se volvió también. Divisó a Hudson, que estaba bastante más atrás. Se había detenido entre dos mamparas, de las que separaban algunas de las mesas en la inmensa sala aquella, que parecía un laberinto de mesas y monitores de ordenador. Les miraba con aire divertido, con su carpeta debajo del brazo.

—Creí que nunca os daríais cuenta —contestó—. Me preguntaba si debería llamaros, o reírme un rato, viendo cómo os perdíais... —Sonrió, señalando con la cabeza el pasillo que quedaba entre las dos mamparas, y que se perdía a la derecha, y añadió—: Es por aquí.

Los tres jóvenes se dieron la vuelta y se apresuraron por reunirse con él. Troy murmuró:

—¡Qué poco ha faltado, caramba! Perdernos en una comisaría... ¡Habría sido el colmo!

Frank soltó una risita. Estaban todos cansados, hambrientos y deshidratados, después de haber pasado toda la mañana vagando por el Bronx. Se le ocurrió pensar que si Hudson hubiera dejado que se perdieran aquí, le habrían dado un buen espectáculo, porque ninguno de los tres tenía ni idea de cómo salir.

Solo con imaginarse al abogado riéndose a su costa, mientras ellos daban vueltas y vueltas por las mesas, vestidos de macarras, pero totalmente perdidos, sentía el calor del sonrojo en la cara. Llegaron junto a Hudson, y le siguieron en fila, como patitos detrás de su madre. Frank se rió otra vez en voz baja, avergonzado.

«Eso habría sido todo un espectáculo», se dijo. «Pero, ¿dónde habrá una fuente de agua? Porque estoy tan seco, que podría beberme medio río, y no me gustaría salir a la calle así. Aquí dentro estamos a salvo, pero en cuanto salgamos, Troy vuelve a ser mi responsabilidad. Y si estoy deshidratado, mi nivel de alerta es el mismo que el de una marmota. ¿Dónde habrá una fuente de agua?».

Y Frank se puso a mirar en todas las esquinas, oteando a los lados de la alta figura de Hudson. Este edificio era inmenso, y el Departamento de Policía ocupaba varias plantas. Había muchísima gente trabajando aquí; la sala de la que estaban saliendo era una buena prueba de ello. En los edificios de oficinas con tanta gente, solía haber fuentes de agua, normalmente cerca de los servicios. Frank solo necesitaba encontrar una de ellas. ¿Dónde estaría? ¿Debería preguntarle a Hudson?

Capítulo 5

Fidgerald escuchó los pasos que se alejaban a su espalda, y la voz de Troy llamando a Hudson. Se volvió. Divisó al abogado, de pie entre dos mamparas, de esas de color beige que formaban pequeños pasillos entre las mesas, separando los distintos departamentos que había en la gran sala. Los tres jóvenes vestidos de oscuro venían a toda prisa a reunirse con él, hablando entre sí. Hudson les dijo algo que Fitzgerald no pudo oír, porque su voz se perdió en el jaleo de teclados y voces que reinaba en la sala. Pero lo que fuera debió ser bueno, ya que vio a Troy, que venía en medio, esbozar una sonrisita, mirándole como a un salvador.

En cuanto los jóvenes llegaron a su lado, Hudson se internó en el pasillo que formaban las mamparas. Los chicos le siguieron en fila, como colegiales bien educados, con Austin a la cabeza, Troy en medio otra vez, y Frank siempre detrás y siempre atento y vigilante, incluso estando dentro de una comisaría. Fitzgerald los perdió de vista, y se quedó mirando el lugar por donde habían desaparecido, mientras tomaba una honda calada de su cigarro con delicia.

Había que decir que se sentía muy satisfecho. Este intercambio había ayudado bastante a que mejorase su concepto de Troy Anderson. Para él ya no era un macarra, ni un joven inconsciente, queriendo encontrar a su amigo y al cantante de su grupo, antes del concierto de mañana...

También era esas cosas, desde luego, pero en menor medida. Ahora para él era, ante todo, un hombre angustiado, haciendo todo lo que estaba en su mano por salvar a su pareja. Y eso marcaba toda la diferencia, ¿verdad? Eso volvía todo este asunto mucho más humano, y mucho más personal. Fitzgerald tenía que admitir que después de haber hablado con él, empezaba a sentir por este joven, si no afecto, al menos algo parecido al respeto.

«¿Quién me iba a decir que acabaría estando de acuerdo con el abogado?», pensó, tomando otra calada. «Ese chico será un gran hombre... O por lo menos, tiene el potencial para serlo».

Le echó una ojeada al cigarro. Iba ya por la mitad. Le pareció curioso que fuera de la misma marca y del mismo tipo que él solía fumar. Tomó otra calada, con los ojos cerrados, para saborearlo mejor.

Esta charla con Troy le había dado a Fitzgerald, además de un nuevo concepto del muchacho, nuevas fuerzas y un nuevo entusiasmo por el caso. Ahora tenía mucha información fresca de la que antes carecía. Sentía que el rompecabezas empezaba a tomar sentido en su mente.

Se giró hacia el teléfono que reposaba sobre su mesa, y marcó deprisa el número de sus compañeros de la Policía científica, para avisarles de que tenían una nueva pista. En seguida se pondría a rellenar el papeleo, para ir a recoger el coche con una grúa y tal...

Ah, pero antes de eso, tenía que hacer otra llamada, en esta ocasión al bar de lado, para que le trajeran algo de almuerzo. Fitzgerald lo hacía con cierta frecuencia. Solía comer o cenar, o las

dos cosas, en su despacho, mientras trabajaba. Con los años, había llegado a tener una cierta amistad con el dueño del bar, y el buen hombre solía traerle cosas que le gustaban. Fitzgerald esperaba que se diera prisa. Se moría de hambre.

Eso sí, en cuanto se hubiera repuesto un poco, se pondría de nuevo a la tarea. Esto era lo que estaba necesitando para volver a disfrutar con su trabajo, los datos que le habían traído estos chicos. El detective se sonrió para sí, ilusionado. No podía esperar a tener ese coche en el laboratorio.

Mientras Fitzgerald hacía la llamada, y Troy caminaba detrás de Hudson, buscando la salida de la comisaría, de vuelta en el pequeño apartamento del Bronx, un denso silencio reinaba en el estrecho pasillo gris.

En cuanto Dan Nobody vio que Reggie hacía la intención de quitarse el pasamontañas, se retiró un par de pasos de él para dejarle su espacio, y aprovechó para hacer lo propio. Se pasó luego una mano por el pelo, húmedo de sudor, y guardó la prenda en su bolsillo, secándose después la zona del bigote y la barbilla con ambas manos. Suspiró. Estaba empezando a asarse dentro de aquella máscara. Ya no era época para ir tan abrigado, y menos aún en este pasillo estrecho y agobiante...

Miró a Paul. Le llamó la atención que no hubiera movido ni un dedo para descubrirse la cabeza a su vez. ¿No tenía calor?

Por su parte, Paul debió captar su mirada, porque bajó la vista hacia él, serio y preocupado ahora, y le hizo una seña con la cabeza en dirección a Reggie.

«¿Qué querrá decir con eso?», se preguntó Dan.

Intrigado, se volvió de nuevo hacia el batería. Reggie continuaba de espaldas a él, mirando a la puerta como si pudiera abrir un agujero en ella con la vista. Se llevó una mano a la cabeza, con aire pensativo, y se ahuecó un poco el pelo, con los dedos abiertos, mientras devolvía el pasamontañas a su bolsillo con la otra mano. Su cabello también estaba húmedo, más que el de Dan. Los rizos se pegaban unos a otros y a su cabeza, y se veían más oscuros bajo esta luz tan mortecina. No tenían el brillo dorado de siempre. Estaban apagados y mustios, como una flor sin agua.

«¿Qué le pasará?», se dijo el rapero. «¿Tanto le ha afectado la idea de haber separado a una pareja?».

—Reggie, tenemos que ir a tirar la basura —murmuró.

—M-m —fue la respuesta de Reggie.

Y no hizo nada más. Continuó tomándose su tiempo en ahuecar sus rizos casi uno por uno,

mirando a la puerta.

Confuso, Dan abrió la boca para preguntar si le pasaba algo, pero en el último momento, se retuvo. Volvió a mirar a Paul. Le parecía haber visto, por el rabillo del ojo, que el grandullón le hacía un gesto con la mano para llamar su atención. ¿Por qué?

Paul respondió a su muda interrogación vocalizando la frase: «Le da vergüenza».

Dan frunció un poco el ceño, más confuso todavía. Se señaló a sí mismo con una mano, y vocalizó a su vez: «¿De mí?».

Paul asintió muy seguro con la cabeza. Hizo otro gesto con la mano, girándola en el aire, como para indicar que la cosa venía de antes, y vocalizó: «Novio». Luego señaló a Dan con la mano abierta, como mostrando algo obvio. Sus ojos claros parecieron decir sin palabras: «¿No lo has adivinado? ¿Tan poco le conoces todavía? Porque vamos, está claro como el agua, Dan, parece mentira».

Dan se dio cuenta de que tenía la boca abierta por el asombro, y la cerró con fuerza. Volvió la cabeza para mirar de nuevo la nuca de Reggie. ¿Tanta vergüenza le daba de aquello, del «mi novio», que ni siquiera se atrevía a volverse para mirarle a la cara?

«Pues a ver cómo vamos a hacer para seguir conviviendo así», pensó. Hizo una pequeña mueca. «¡Esto es absurdo! ¡No tiene nada de qué avergonzarse!».

Sacudió la cabeza, y abordó a Reggie sin rodeos, en voz baja pero decidida:

—Reggie, has demostrado tener un par hablándole a William de lo nuestro. Lo sabes, ¿verdad?

Reggie se encogió de hombros.

—¿Y de qué ha servido? —murmuró.

Al fin, se dio la vuelta. Miró primero a Paul, alzando la vista un instante, y luego sus ojos azules, tristes y apesadumbrados, se clavaron en los de Dan.

—Solo para mostrarle que tenemos un punto vulnerable —añadió.

—Yo no lo veo así —contestó Dan—. Ahora ya sabe que también somos personas.

Reggie sacó una media sonrisa, irónica, torcida y sin alegría.

—Y por tanto, que puede tocarnos las narices a su antojo, ¿no? Porque eso es lo que ha estado haciendo... —dijo. Se puso serio otra vez, e hizo un gesto con la cabeza, murmurando—: Lo del trasero ha dolido, Danny...

Su gesto quería decir: «Tú no sabes cuánto». Dan sintió que se le encogía el corazón, y que le lanzaba la imperiosa necesidad de arreglarlo, de aliviar el dolor de Reggie. Más decidido aún que antes, exclamó, en voz baja:

—¡Ha sido un farol! ¿No lo has visto? ¡Estaba provocándote sin parar, ha sido muy obvio! Cuando ya no ha sabido cómo pincharte, porque ha visto que no podía contigo, ha recurrido a eso. ¡Pero no ha estado mirándome! ¡No ha tenido tiempo!

Reggie pareció reflexionar durante un momento, mirando a algún lugar de espacio vacío a medio metro por encima del suelo, entre Paul y él. Luego se encogió de hombros, inclinando la cabeza a un lado, como si dijera sin palabras: «Vale, lo que tú digas. Pero yo me siento igual de mal».

—Reggie, no le creas —murmuró Dan—. No era de verdad, te lo aseguro... —Lo pensó mejor y añadió—: Y aunque lo haya hecho, ¿qué quiere decir eso? ¡Nada! Solo que *él* es un sinvergüenza y un descarado, nada más.

—Si lo ha hecho, lo es, desde luego. Y un ingrato, eso también —contestó Reggie—. Con todo lo que nos estamos esforzando por hacer que esté bien, y por tenerlo informado de todo...

Sacudió la cabeza, y se dirigió, sin mirarle, a donde estaban las bolsas de basura. Parecía de repente cansado hasta el agotamiento, y caminaba como a rastras. Tenía la piel del rostro tan blanca como el mármol, y se le volvían a marcar las ojeras azules bajo los párpados. Parecía estar a punto de desmayarse de un momento a otro.

Dan chasqueó la lengua, haciendo una pequeña mueca de frustración. Aquí había algo más de lo que parecía a simple vista. Reggie era demasiado sensato como para venirse abajo de esta manera, por la ingratitud o el descarado de William. Algo estaba fuera de lugar.

¡Pero Reggie no le miraba, maldita sea! Otra vez parecía haberse encerrado en su reserva, dentro de sí mismo, y por tanto, muy fuera de su alcance. ¿Cómo iba a saber Dan lo que sentía de verdad, si no le miraba, y cuando lo hacía, su expresión era indescifrable? Dan podía presumir de tener una poderosa intuición. Pero todavía no era adivino. Y si no sabía lo que le pasaba a su compañero, tampoco podría hacer nada por intentar arreglarlo.

«¡Otra vez encerrado! ¡Otra vez igual!», pensó.

Y sintió pánico, muy en el fondo de su corazón. Era el mismo que había sentido en las ocasiones anteriores, pero ahora le pareció más puro, más afilado, más cortante y nítido que nunca antes.

Reggie había hecho otras veces esto de encerrarse dentro de sí mismo. Y cada vez que lo hacía, Dan se sentía igual de impotente para llegarle, e igual de solo. Reggie parecía levantar de repente un grueso caparazón de hielo en torno a su corazón, y se refugiaba allí, hecho una bola, aislado de todo y de todos. El mundo se convertía para Dan entonces en un lugar gris, frío y solitario. Y siempre se preguntaba lo mismo: «¿Conseguiré llegarte esta vez? ¿O voy a quedarme aquí, fuera de tu caparazón, para siempre?».

La sola idea le daba pánico, terror. En las últimas horas, Reggie y la hermosa conexión que compartían se habían convertido para Dan en una especie de hermoso jardín, lleno de flores y mariposas, con colores intensos y brillantes, y con un sol radiante brillando en el cielo. Reggie era un ángel, y la sensación de conexión que sentía con él era mágica, y llenaba su corazón de

luz y de color. Dan no había experimentado nunca antes algo como esto, y no quería perderlo.

Además, ¿qué demonios? Reggie acababa de decirle a William que Dan era su novio... ¿Y acto seguido se encerraba en su caparazón de hielo? ¿Por qué? ¿Qué le pasaba?

Confuso como estaba por el pánico, y con la intuición como embotada por una niebla, Dan tardó unos segundos en darse cuenta de que Paul otra vez estaba moviendo una mano en el aire para captar su atención. Se volvió. Y tuvo que parpadear un par de veces para poder ver al cantante con claridad, desde detrás del velo de sus lágrimas.

Paul señaló a Reggie con un dedo. Se llevó luego la mano cerrada al ojo, haciendo como si llorase, y vocalizó otra vez la palabra: «Novio».

«Está triste por haber dicho que soy su novio», dedujo Dan. «¡Y yo lo estoy diciendo desde el principio! ¡Lo vi venirse abajo! Pero ya no tiene remedio. Y encerrándose de esta manera, no creo que vaya a sentirse mejor...».

No, el único que podía hacer que Reggie se sintiera mejor era él, Dan Nobody, su novio. Y solo había una manera de hacerlo, y era abordando el tema directamente, tranquilizándole, y diciéndole que todo estaba bien. Dan inspiró hondo, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho.

«Espero no equivocarme», pensó. «Espero que no me mande a la porra, y que no se encierre aún más en sí mismo, porque si lo hace, ya sí que no sabré cómo llegarle».

—Reggie... —comenzó.

—Danny, tenemos que ir a tirar la basura —interrumpió Reggie.

Y estaba ya al lado de las bolsas. Pero no hizo ni la más mínima intención de agacharse para recogerlas, de modo que Dan ignoró la frase y continuó:

—Reggie, lo hecho, hecho está. No tiene sentido que ahora te mortifiques por ello.

—Ya... —murmuró Reggie, sin mucha convicción.

—Ha sido una de las cosas más valientes y hermosas que te he visto hacer, desde que empezó toda esta locura —continuó Dan, irguiéndose y sacando pecho con orgullo.

Acababa de recordar de pronto el tono en el que había hablado Reggie con William, serio, decidido, y con la rabia y el resentimiento goteando de su voz. Rabia no hacia William, ni hacia Dan, sino hacia el tipo que le había agredido, causándole un hematoma en las costillas del que iba a tardar en recuperarse.

En aquel momento, Dan se sintió orgulloso de Reggie, de su audacia y de su tesón, y de todo lo que se estaba esforzando por cuidar de todos ellos. Y ahora que lo tenía ante sí, convertido en todo lo contrario, aplastado por el cansancio, por la culpa, y por las mentiras que estuviera susurrándole su propia mente, Dan se prometió que rescataría a Reggie de sí mismo. Lo

sacaría de su caparazón. Fundiría el hielo, con el calor de su cuerpo si hacía falta, y le sacaría de allí. Le mostraría la verdad, y le ayudaría a volver a ser él mismo, y no la criatura hundida que era ahora.

Dan era el novio de este hombre, con todo lo que eso implicaba. Y estaba decidido a estar a la altura de ese honor.

—No sé, Danny... —murmuró Reggie, hundiendo la cabeza entre los hombros.

—Sí, Reggie. Lo ha sido —insistió Dan—. ¿Por qué no me crees?

Reggie se volvió despacio para mirarle. El corazón de Dan dio un saltito de ilusión dentro de su pecho, y se puso a exclamar: «¡Por fin! ¡Una mirada de sus ojos, por favor, solo pido una! Solo una, para que pueda ver lo que hay dentro de su caparazón... Para que pueda llegar hasta el verdadero Reggie, y tirar de él hacia el aquí y ahora. Mi amor se está ahogando en una mentira, y yo no puedo soportarlo. Necesito mostrarle la verdad. ¡Necesito que me mire!».

Sí, una mirada de aquellos ojos significaba un mundo para Dan. Porque era una puerta al interior del escudo de hielo de su compañero. O si no una puerta, al menos, un ventanuco, no importaba. Dan solo necesitaba una rendijita para asomarse. Mirándole a los ojos y viendo su expresión, podría adivinar lo que pensaba Reggie, o al menos, intuirlo, y darle lo que necesitaba. Pero si ni siquiera tenía eso...

«Bien, ya lo tengo», se dijo. «Reggie me está mirando. Parece triste, arrepentido, y algo más. ¿Qué es?».

—¿Dices que por qué no te creo? —repitió Reggie—. Porque para mí ha sido una de las peores equivocaciones de mi vida. ¿Y crees que he sido valiente? —Sacudió la cabeza—. No. Lo has dicho porque te doy pena, y como ya no se puede arreglar, quieres hacerme sentir mejor. Tienes un corazón inmenso, Danny. Pero sé que he metido la pata hasta el fondo esta vez.

Y bajó la vista al suelo, volviendo de nuevo la cara hacia la pared. Dan tomó aire entre dientes, impresionado.

«Esto es importante, y hay que hablarlo ahora», se dijo. «Lo intuí cuando vi sus hombros venirse abajo, en cuanto lo dijo, vaya. Pero como después se ha comportado con William con una entereza y un dominio de sí admirables, no creí que la cosa fuera tan grave. Pensé que me había equivocado. Pero es evidente que no. Y esto tenemos que hablarlo bien ya, en seguida. Ah, y...». Volvió la vista hacia Paul, concluyendo para sí: «Y solos».

Hizo una pequeña mueca de desagrado. Detestaba la idea de pedirle a un amigo que les dejara a solas. Pero Paul, aunque era indudable que conocía muy bien a Reggie, no parecía captar del todo la verdadera magnitud del problema. Si nadie le decía nada, Paul no iba a caer en la cuenta de irse. Y Reggie necesitaba intimidad para poder salir de su caparazón.

«Que no es de hielo, sino de culpa. La culpa es lo que lo mantiene encerrado», pensó Dan. «Y estando Paul delante, no me va a contar por qué... No. Esa coraza hay que fundirla con mimos, con amor, y con mucha paciencia y comprensión. Y Reggie está de suerte, porque tiene

delante al chico adecuado».

Sí, pero antes Paul tenía que irse. Y tendrían que aplazar otra vez la idea de salir a tirar la basura, al menos, por el momento. Dan sentía un poco de rabia. Porque estaba deseando verse fuera con Reggie, sentir el sol, y la brisa, y sentarse con su amor en el banquito del callejón para llenarle de besos...

«Pero no podré hacerlo, si la culpa lo tiene prisionero, y está haciéndole sentir miserable, ahogándole dentro de sí mismo. Ahí está, la muy traidora, murmurándole mentiras al oído», se dijo. «Tengo que hablar con él. Tengo que desenmascarar una a una todas esas mentiras. Tengo que derrotar a la culpa, para poder sacar a la luz otra vez al verdadero Reggie. Y tengo que hacerlo ahora. No voy a dejarle sufriendo de esta manera, fuera de mi alcance, ni un segundo más».

Capítulo 6

Dan no respondió en seguida. El silencio, denso y pesado, se alargó en el pasillo. Extrañado, Reggie se volvió un poco para mirar al rapero de soslayo. Vio que Dan estaba mirándole a él a su vez, muy serio, con sus ojos negros brillantes y alertas. Pareció pensarlo un momento, antes de volver la vista hacia Paul.

«He sido un tonto», se dijo Reggie. «No he debido decir nada de eso. He debido disculparme directamente. Claro que con Paul aquí delante... ¿Cómo lo hacía, a ver?».

Bajó la vista al suelo, mordiéndose los labios. Se sentía aún más miserable que antes. ¿Qué iba a hacer Dan ahora? ¿Interpretaría lo que había dicho como una disculpa? ¿Usaría el sentido común —algo que era muy evidente que Reggie no tenía—, le diría a Paul que no le hiciera ni caso, y se irían a tirar la basura? ¿O por el contrario, estaría ofendido por partida doble, por lo que había hecho Reggie con William, y por haberle dicho a Dan que le daba pena de él?

Reggie no tenía idea. Le echó una ojeada a las bolsas, que continuaban allí, en el suelo, junto a la pared, esperando pacientemente a que alguien se decidiera a llevarlas a los cubos de una vez.

Deberían hacer eso y nada más. Dejarse de hablar, dejar lo de William atrás, y salir a tirarlas. De este modo, se ocuparían de nuevo de cosas prácticas, como vigilar la calle y las ventanas de los edificios, y también de cuidar del costado de Dan, para que no volviera a molestarle. Las cosas importantes y dolorosas se quedarían aquí dentro, esperándoles, como estaban ahora estas bolsas, para que pudieran hablarlas a su regreso.

«Pero, ¿tú no querías besarle en el callejón?», le dijo su corazón. «¿Pretendes hacerlo sin haberte disculpado?».

No, claro que no...

«¿Entonces...? ¿Qué te pasa? ¿Por qué no reaccionas? ¡Discúlpate ahora! ¡Trata de arreglarlo!», insistió su corazón.

«Me pasa que estoy cansado, exhausto», le contestó. «Y temo hacer o decir algo que lo empeore todo aún más. Siento que desde que ese “mi novio” salió de mi boca, lo único que he hecho ha sido meter la pata, una vez tras otra. Y ya no quiero seguir haciéndolo. Ya que no puedo arreglarlo, porque parece que no soy capaz, al menos dejarlo como está... ¡No empeorarlo más!».

El cansancio era lo peor de todo. Ahora que la puerta de William estaba cerrada por fin, con el prisionero a salvo al otro lado... Ahora que esa otra particular tortura había terminado... Reggie se sentía como si le hubiera caído encima de golpe una pesa de una tonelada. Al disiparse el enfado que había tenido con William, un agotamiento de plomo se había apoderado de él, sumergiéndolo sus pensamientos y emociones en una densa niebla. Estaba embotado. No podía

pensar, y no podía tomar decisiones. Demonios, a duras penas podía permanecer de pie y con los ojos abiertos. ¿Cómo iba a emprender alguna charla importante así?

No, imposible. Por eso, lo mejor que podían hacer era salir fuera por fin. Tendrían otra cosa más hecha y resuelta, otro problema menor dejado atrás... El sol y la brisa le despejarían un poco, o eso esperaba él. Y cuando volvieran, podría pensar de nuevo y, entonces sí, disculparse como era debido y arreglar las cosas. Reggie solo necesitaba tiempo. Un poquito de tiempo, un rayo de sol, y un soplo de brisa, por favor, para ser capaz de recomponerse de la aventura que había supuesto para él lidiar con William. Y después ya podría afrontar este asunto con Dan, con la cabeza más despejada y las ideas más claras.

Reggie necesitaba arreglar esto, y necesitaba hacerlo bien. Necesitaba decir las palabras correctas, y contarle a Dan todo lo que sintió durante la charla con William, en el momento en el que se le escapó ese infausto «mi novio», y también todo lo que estaba sintiendo ahora. De este modo, Dan comprendería. Era un hombre sensato, y Reggie no creía que fuera a enfadarse con él para siempre por esto. Pero tenía que hablar con él, contárselo todo, y hacerlo bien. Reggie lo necesitaba, porque Dan era demasiado importante. No quería dejar nada al azar con él, ni malos entendidos flotando en el aire. Dan era su persona especial, él estaba convencido de ello. Ocupaba ya un lugar muy importante en su corazón. Y Reggie necesitaba estar a la altura de lo que este ángel enviado por Dios merecía.

El silencio continuó alargándose. Al darse cuenta de ello, Reggie parpadeó, y volvió a mirar a Dan de soslayo. El otro joven parecía pensativo, con la vista aún alzada hacia Paul. Reggie le echó un vistazo a este, y vio que parecía estar tan confuso y extrañado como él mismo. ¿Por qué no decía nada Dan? ¿En qué estaba pensando?

—¿Danny? —murmuró Reggie.

Su voz sonó débil y ronca en sus propios oídos, y la palabra pareció un pequeño graznido. Dan no dio muestras de haberla oído. Parpadeó un par de veces, y al fin habló, siempre en voz baja. Por cierto que la suya sonó limpia, suave y dulce, y resultó ser un doloroso contraste con la de Reggie. Solo había que oírlas a las dos para darse cuenta de quién era el ángel aquí, y de quién era el demonio...

—Paul —comenzó, aún mirando al cantante, con rostro amable pero decidido—. ¿Puedes ir a tranquilizar a Little B, por favor? Dile que ya hemos terminado con lo de William, y que en seguida saldremos al callejón.

—Am... ¿Pero no ahora? —preguntó Paul.

—No, ahora no —dijo Dan, negando con la cabeza—. Reggie y yo necesitamos hablar una cosa. Por favor, ve a decirle eso a Little B. Te esperamos aquí.

Paul asintió.

—Ah, de acuerdo —respondió—. Vendré en seguida.

Le dirigió una sonrisita al rapero, y otra también a Reggie, de pasada, como para desearles

buena suerte. Luego se volvió y se marchó deprisa en dirección al salón. Reggie volvió la cara hacia la pared, sintiéndose de pronto aterrorizado. Los pasos pesados y sonoros de Paul se alejaban, demasiado rápido para su gusto. Con cada nuevo paso, cada centímetro que se separaba de ellos, él se quedaba más y más solo con Dan. Y sentía el corazón latiendo con fuerza contra sus costillas solo de pensarlo, y no era de ilusión...

«¿Tan terrible es la bronca que tiene que echarme Danny acerca de ese maldito desliz, que le ha pedido a Paul que se vaya?», pensó, mirando sin ver el color raído y gris de la pared. «¿Tan grande va a ser el mordisco en la cabeza que pretende darme, que no quiere que haya testigos?».

Soltó un suave y disimulado «uff», haciendo una pequeña mueca. Se preguntó si aún estaba a tiempo de agarrar las dos bolsas, y de salir corriendo por la puerta de atrás. Iría solo a tirarlas, hala. Y ya cuando volviera... Entonces ya verían.

De hecho, no le costó nada imaginarse a sí mismo agachándose para coger las bolsas, y dirigiéndose de modo precipitado hacia la puerta negra del fondo...

«Reggie, ¿a dónde te crees que vas?», le diría Dan, entre sorprendido y molesto.

«Quédate tú vigilando la puerta. Ahora vuelvo», respondería Reggie, en perfecta calma y perfecto control. Calma y control que no sentía, por cierto...

Entonces sacaría las llaves, abriría el cerrojo, se marcharía deprisa... Y dejaría a Danny aquí plantado, con el mordisco que pensaba darle preparado en la boca, impotente y frustrado. Y él se iría por ahí al callejón, libre como un pajarillo, con una bolsa en cada mano y una sonrisita triunfante en los labios.

Sentiría el sol y la brisa en el rostro... Vería el cielo azul... Tiraría la maldita basura a solas en un bendito silencio... Reggie era un hombre solitario, porque estaba habituado a pasar mucho tiempo solo. Y desde ayer por la tarde que llegaron aquí, no había tenido ni un instante de paz para poder rehacerse y pensar en soledad...

Bien, pues ahora lo tendría. Una vez que se hubiera deshecho de la basura, prendería agradecidamente un cigarro. Y vendría de regreso, caminando despacio, fumando y pensando... Y cuando estuviera de vuelta en la puerta, haciéndole frente a los ojos negros de Dan, sería un hombre nuevo. Entonces sí que podría decir las palabras correctas, y hablar de sentimientos, y arreglar las cosas... Entonces sí que volvería a sentirse él mismo, y no el manojo de nervios que era ahora, y todo volvería a estar bien.

Pero no, su pequeño plan tenía una pega. Reggie ya había alargado las manos hacia las bolsas cuando se dio cuenta. Se incorporó de nuevo y las cerró despacio ante él. Apretó los dientes.

Estaba exhausto, tanto que apenas podía estar de pie, cosa que había olvidado. Le pesaba todo el cuerpo. Aunque pudiera cargar con las dos bolsas él solo, cosa que dudaba mucho... ¿Podría sacar las llaves del bolsillo y abrir la puerta, cargado con las bolsas, y con las manos temblorosas como las tenía? Oh, no. No podría. Se le caerían las llaves al suelo, o alguna de las bolsas, o todo a la vez, y quedaría de lo más ridículo en su infantil intento de huida...

¡Huida! En el fondo, toda la idea de ir él solo no era más que eso, un intento de huida. Huida porque no se sentía capaz de hacerle frente a la ofensa de Dan en este momento... Huida, porque temía empeorar las cosas... Huida, porque no quería perderle...

«Y todo por estar agotado», se dijo. «Y por haber hablado más de la cuenta con William, para empezar. Perder a mi persona especial de esta manera... Sí, sería algo muy propio del patético de Reggie. Si Jordan pudiera verme en este instante, estaría partiéndose de risa a mi costa, seguro».

El pensamiento le creó una pequeña oleada de ira en el estómago, que pasó en seguida, sin dejar ni huella, y nada más. Reggie se preocupó por ello durante unos segundos. ¿Tan agotado estaba, que ya ni siquiera le enfadaba la idea de que Jordan pudiera verle y reírse de él, porque estaba siendo patético? Esto era algo que no le había ocurrido nunca antes.

Claro que tampoco se las había visto antes como ahora: con un tipo secuestrado en una habitación, con tres compañeros a su cargo, y con el amor de su vida a su espalda, a punto de morderle en la cabeza... Suponía que eso marcaba toda la diferencia, ¿no?

Paul se marchó en seguida. Su alta figura se alejó deprisa por el pasillo. Dan se quedó mirándole hasta que llegó al salón, en parte para cerciorarse de que de verdad estaban solos, y en parte para juntar valor. Le intimidaba mucho Reggie. Cuando se encerraba en su fría reserva y no hablaba, parecía inaccesible, como una fortaleza de hielo inexpugnable.

En verdad, echaba a la gente para atrás; no era una compañía agradable cuando estaba así. Pero Dan sabía que lo hacía para defenderse, igual que los erizos se envolvían en su abrigo de púas cuando se sentían amenazados. El verdadero Reggie estaba sufriendo mucho dentro de su caparazón. Por eso se había replegado en él, en primer lugar...

«Bueno, pues aquí estamos», pensó el joven rapero. «A ver qué tal se me da».

Se volvió hacia Reggie. No le sorprendió ver que otra vez estaba de espaldas a él. Miraba a la pared gris que tenía ante sí, como si pudiera limpiarla con la vista y volverla blanca. Dan soltó un pequeño suspiro.

«Ay, por favor, cuánto dolor...», se dijo. «Y todo por una mentira que se ha metido en su mente, como una astilla, y está ahí clavada y haciéndole daño. Tengo que sacarla, antes de que se infecte. Tengo que aliviarle de alguna manera».

Con el rabillo del ojo, vio que había luz en la puerta del baño. Se le ocurrió pensar que William debía haberla dejado encendida cuando salió, y fue a apagarla, murmurando:

—Reggie...

—¿M?

—Si digo que has sido valiente, es porque lo siento de verdad, ya lo sabes.

—No soy valiente, Danny.

Dan chasqueó la lengua, con una pequeña mueca, y protestó:

—Reggie, vamos... No me digas eso, a estas alturas...

Reggie levantó la cabeza. Miró al techo un segundo, tomando aire profundamente, y murmuró después, mirándole de través:

—Estás enfadado conmigo, ¿no es cierto? ¿Por qué no me dices lo que sientes?

—Te lo estoy diciendo desde el principio, cariño —repuso Dan, con voz suave.

—Sé que hay algo más.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes? ¿Puedes leer mentes, y no me has dicho nada?

Reggie bajó la mirada, suspirando con resignación.

—¿Por qué has echado a Paul? —murmuró, de modo apenas audible—. Vas a regañarme, lo sé. Y antes de que empieces, déjame decirte que tienes razón. He sido un imbécil, sí. Y he debido empezar esta conversación disculpándome, y no hacerlo así...

Se interrumpió. Le miró de nuevo, con los ojos azules apagados y derrotados, y la piel de su rostro tan pálida como el mármol aún, y concluyó:

—Pero Danny, estoy tan cansado... Si me das un instante, yo mismo te diré todos los motivos por los que he sido imbécil, uno por uno, y te pediré perdón como Dios manda por cada uno de ellos. Si me dejas recuperarme, podré...

Dan sacudió la cabeza.

—No hace falta que te disculpes, Reggie —murmuró.

Reggie parpadeó, confuso.

—¿Cómo? Pero...

—Cariño, si le he pedido a Paul que se marche, es porque necesito hacer esto.

Y Dan no se demoró más. Cubrió la distancia que los separaba, y abrazó a Reggie desde atrás, con cuidadito y con ternura. Se apretó contra él, cerrando los ojos y frotando su mejilla contra la base de su cuello.

«Cansado, dice... ¡Exhausto, más bien!», pensó. «Por eso está tan pálido, y tiene esos ojos. Por eso la culpa está aplastándole desde dentro, y no le deja ver que, no solo no necesita pedir perdón, sino que me ha hecho el hombre más feliz del mundo...Cansado, pobrecito mi Reggie...

Cansado porque ha cuidado de William, de mí, de Little B, de Paul... Ha cuidado de todos, menos de sí mismo, sin tener apenas un minuto para recuperarse. Pero ya se terminó, cariño. Ahora yo estoy aquí para cuidar de ti. Déjate caer. Yo te recogeré. Aunque solo sea durante un rato, hasta que llame Jordan... Déjate cuidar, Reggie. Por tu propio bien... Y por el de todos nosotros, porque aquí no hacemos nada sin ti, amor...».

Reggie aún no se había recobrado de la sorpresa y la confusión, cuando vio que Dan se acercaba a él resueltamente desde atrás... Que cubría en dos pasos la distancia que los separaba, y alargaba las manos hacia él...

Perplejo, sintió sus manos rodeando su cintura desde atrás por ambos lados. Una de ellas se quedó allí, sobre su ombligo, apretándole con firmeza contra sí. Su otra mano le rodeó el torso, y se posó sobre su pectoral izquierdo... Sobre su corazón.

Reggie volvió a mirar a la pared gris que tenía ante sí. Sintió que los párpados le ardían de repente, le quemaban, le escocían... Las lágrimas se agolparon en sus pestañas, y notó una oleada de vergüenza... Cerró los ojos, para no dejarlas caer. Pero eso no impidió que un nudo de congoja se instalara en su garganta, amenazando con convertirse en un sollozo ronco, bastante indigno de un hombretón de veintiséis años... ¡Maldita sea...! Si ese sollozo se le escapaba, se echaría a llorar como un bebé, totalmente derretido, entre los brazos de Dan. Y aún tenía dignidad, o eso quería creer. De modo que apretó los labios con fuerza para retenerlo dentro, en su garganta, donde debía estar, y tragó saliva con dificultad.

Un abrazo, por favor... Danny había echado a Paul para poder darle un abracito tierno y mimoso. ¿Cómo había podido saber que era justo lo que Reggie necesitaba en este momento? Ni una charla, ni el sol... Ni siquiera un cigarro. Esto. Esto era lo que Reggie más necesitaba en el mundo. Y solo se dio cuenta de ello cuando sintió los brazos de Dan rodeando su cuerpo, y el del otro chico apretándose contra su espalda. ¿Cómo lo hacía su precioso rapero, para darle siempre lo que necesitaba, lo supiera Reggie o no, lo dijera o no, y se sintiera merecedor de ello o no?

El cuerpo de su compañero era sólido, firme y cálido a su espalda. Su abrazo era tierno y respetuoso. Reggie sintió que su cabeza le hacía mimitos en la base del cuello y en la nuca, como si estuviera buscando el ángulo correcto para apoyarse en él. Le oyó ronronear de placer, y tragó saliva otra vez, convertido en un charquito de emocionado rockero. Se sentía hecho un flan.

Tomó aire, un poco entrecortado y tembloroso, y echó con cuidado la cabeza hacia atrás, para dejarla caer sobre la de su Danny. No se le ocurría de qué otro modo podría devolverle los mimitos. No, cuando estaba a punto de echarse a llorar, de alivio y agradecimiento. A tientas, colocó sus manos sobre las de él, y las dejó así, quietas, sintiendo el calor de su piel, y acariciándole el dorso de ambas manos con sus dos pulgares.

—Tu novio, Reggie... —cuchicheó Dan.

Su voz tan dulce envolvió todo su mundo. Se coló por sus oídos en la velada oscuridad que creaban sus párpados cerrados. Descendió por su cuello, como un reguero brillante y cálido. Se fue directa a su corazón, a llenarlo de delicado fuego, de magia y de ternura...

—¿Te haces una idea de lo que ha sido para mí escuchar eso? —continuó Dan.

Su tono era admirado, con un leve tinte bromista. Reggie sintió que una sonrisita le trepaba por los labios sin poder evitarlo. Carraspeó para aclararse la voz. Y para su sorpresa, se encontró con que el nudo que tenía en su garganta se hizo obedientemente a un lado. El sollozo también se retiró, disolviéndose poco a poco en la nada. Ya podía respirar mejor.

—Ha debido ser toda una impresión, ¿no? —murmuró, también medio en broma.

Su voz continuaba sonando ronca, pero ya no parecía a punto de romperse. Dan le apretó contra sí con las dos manos abiertas.

—Lo ha sido —contestó, ya serio—. Una impresión maravillosa.

Reggie sintió que su cabeza se movía. Notó una caricia, blanda y húmeda, en la base del cuello. Supo, adivinó, que había sido un besito, dulce y casto, y notó que le recorría la espalda un escalofrío, desde el cuello hasta el trasero... Desde el lugar donde volvía a reposar la mejilla de Dan, cálida, suave y blanda, pasando por donde estaba su pecho, sólido y firme, su cintura y su pelvis, apretadas contra las nalgas de Reggie. La espalda de este se quedó sensible después, como si el escalofrío le hubiera sembrado la piel de burbujitas que subían hacia la superficie, buscando por instinto el cuerpo de Dan.

—Tú sí que eres maravilloso, amor —murmuró Reggie, ya serio a su vez.

Abrió los ojos y parpadeó. Las lágrimas también habían desaparecido. Miró a la pared que tenía ante sí, sintiendo la mejilla de Dan hacerle mimitos en el cuello. Acarició sus manos con cuidado bajo las dos suyas.

«No sé qué he hecho para merecerte, Danny», pensó. «Pero qué agradecido estoy, mi vida... Tú no te haces una idea».

Capítulo 7

Reggie bajó la vista hacia su propio cuerpo. Divisó sus manos, cubriendo aún las de Dan. Le pareció curioso que, aunque tenían más o menos la misma forma y tamaño que las suyas, estas se vieran muy blancas, delgadas y frágiles, sobre la piel de color marrón oscuro del otro joven.

«Parecen vulnerables, como lo estoy yo ahora mismo», pensó.

Tomó la mano de Dan que reposaba sobre su corazón, y se la llevó a los labios. Le dejó un besito en la base del pulgar, pequeño y tímido, y luego la dejó ir. Dan rodeó su cintura con ella, como si no quisiera separarse de él nunca más.

—Cariño, sonó precioso en tu voz —le susurró—. Más aún porque sé que no fue un farol, sino que es muy de verdad. O eso espero...

A Reggie le pareció adivinar que volvía a haber una sonrisa en su voz. Dan estaba tratando de bromear, pero él tuvo la sensación de que en el fondo se sentía algo inseguro. Asintió, apretando sus brazos contra sí con las dos manos.

—Es muy de verdad, no te equivocas —contestó, muy serio.

—M-m —ronroneó Dan—. Y yo te quiero con locura, y estoy tan orgulloso de ti...

—¿Orgulloso? —se extrañó Reggie—. ¿Por qué? ¿Por haber dicho eso?

—Sí.

—Pero si deberías estar enfadado...

—¿Por qué?

La voz de Dan llevaba genuina curiosidad ahora. Reggie sintió algo duro apoyarse sobre su hombro derecho. Sintió después la frente de Dan en su mandíbula y en su oreja, y su mejilla buscando su cuello. Dedujo que el otro chico había apoyado la barbilla en su hombro, tal vez con la intención de hacerle otro mimito. Apoyó la cabeza en la de él, y volvió a cerrar los ojos.

Las manos y los brazos del rapero le sujetaban con firmeza. Su cuerpo a su espalda le hizo sentir anclado a tierra. Reggie se dejó caer un poquito sobre él, solo para notar mejor su calor, y tuvo la impresión de que Dan le recibía agradecidamente, como si hubiera estado deseando poder servirle de punto de apoyo, sólido y estable. Reggie suspiró. Se permitió relajarse, músculo a músculo, entre sus brazos.

Seguía costándole pensar; la niebla aún no se había levantado de su mente. Pero sentía que esto era importante y, de nuevo, quería hacerlo bien. De modo que contestó:

—Porque sin querer le he dicho a William que eres el más débil del grupo, por no estar en

plena forma.

Para su sorpresa, una sonrisa se dibujó en los labios de Dan, apoyados ahora contra la piel de su cuello. Su nariz, redonda y blandita, le hizo un mimito, frotándose contra él, y su voz dulce murmuró, cerca de su oído:

—¿Y no es la verdad?

—Am... ¿Qué? —titubeó Reggie.

Abrió los ojos. Tenía que confesar que esto no se lo había esperado en absoluto, y estaba perplejo.

—¡Sí! —exclamó Dan, siempre en voz baja.

Incluso sin poder verle la cara, porque el otro chico seguía con la barbilla apoyada en su hombro, Reggie pudo intuir la amplia, blanquísima y preciosa sonrisa que debía lucir. Impregnaba su voz, como la luz del sol impregnaba las gotas de lluvia durante un chaparrón de primavera.

—No me gusta tener que reconocerlo, pero lo es. La pura verdad —continuó Dan—. Cuando me da ese dolor, no puedo ni respirar, ni mucho menos, defenderme. Cariño, no puedo enfadarme por eso.

Reggie apretó los labios. Sintió que se le encogía el corazón. Que él pudiera recordar, era la primera vez que Dan confesaba abiertamente una cosa como esta. Con todo lo que el pobre se esforzaba por ayudar, y por aparentar que estaba bien, y que el dolor no le entorpecía... ¿Cómo debían ser esas punzadas, para haberle obligado a reconocer esto?

«¡Deben ser terribles! Pobrecito...», pensó Reggie.

Abrió las manos, y estrechó contra su cuerpo los brazos de su compañero, sintiendo otra vez el calor de su piel en sus palmas y sus dedos. Dan era tan cálido y alegre como el sol, tan dulce como la miel, tan delicado como una hermosa flor...

Y a la vez, era tan sólido y firme como un bloque de acero. Y tenía las ideas tan claras como el mejor de los estrategas. En verdad, las había tenido desde el principio, desde que ambos se confesaron y compartieron su primer beso, ayer por la tarde.

Ahora parecía que hacía ya una década de eso. Pero al mismo tiempo, no. El cuerpo de Dan, apretado contra el suyo, se sentía familiar y nuevo, las dos cosas a un tiempo. Y en aquel momento, Reggie tuvo la curiosa sensación de que esto seguiría siendo así durante el resto de su vida. Por muchos años que llevaran juntos, nunca acabaría de conocer por completo al hombre que tenía a su espalda. Dan siempre encontraría el modo de sorprenderle. Siempre habría algo nuevo que descubrir en él. Esta flor mágica que había brotado entre ellos no podía marchitarse. Sus colores nunca se apagarían, fundiéndose con el gris de la rutina, la monotonía y la familiaridad. Esta conexión maravillosa que compartían... Esto iba a quedarse con ellos para siempre.

—Oh, Danny... —murmuró, emocionado.

—Pero tengo una curiosidad —cuchicheó el rapero en su hombro—. ¿Por qué lo has hecho? Si no recuerdo mal, fuiste tú quien pensó que podría perjudicarnos, no sé cómo, que William lo supiera...

—Es cierto —contestó Reggie—. El único motivo que puedo darte es que se me escapó. Ya te digo que ese hombre me pone de los nervios...

Dan soltó una risita, apoyando ahora la frente en su hombro. Reggie sintió su risa vibrar en su pecho, a su espalda. La sintió en su respiración, que le acarició la piel de la base del cuello, haciéndole cosquillas. Aquella risa se metió por sus oídos y bajó en forma de música a su corazón, para reunirse con la magia que había creado su voz, y llenar su mundo de luz y de color.

Reggie sintió que el tesoro nuevo y maravilloso que residía en su corazón le sembraba mariposillas azules de ilusión en su estómago. Las notó revolotear, dejando pequeños destellos de luz a su paso. Se sintió a sí mismo sonreír, y supo... Bueno, que a juzgar por las tonterías que estaba pensando, estaba muy, pero que muy enamorado del ángel que tenía abrazado a su espalda.

—Sonó muy bonito en tu voz —repitió dicho ángel.

Le dejó un besito blando y casto en el cuello, que volvió a llenar de escalofríos de felicidad la espalda de Reggie, y le cuchicheó al oído:

—Gracias.

—No me las des —respondió Reggie—. Me sentí miserable después.

—Lo sé. Y por eso quería hablarlo. Por eso quería hacer esto. Para demostrarte que no tenías por qué.

Dan le hizo otro mimito, frotando de nuevo su rostro contra la parte de atrás del cuello de Reggie. Este ronroneó, un sonido grave que vibró en su garganta. Le gustó escucharlo; le hizo sentir de nuevo más él mismo. En todo caso, ya había recuperado su voz, lo cual no era poco. Ahora solo le quedaba disipar la maldita niebla que no le dejaba pensar. Pero Dan se ocuparía de ayudarle también con eso. No le cabía duda de ello.

—Dímelo otra vez, Reggie —cuchicheó el rapero.

Reggie sintió que apoyaba su cabeza en su nuca. Intrigado, volvió la cara un poquito para tratar de verle, con cuidado de no importunarle, y murmuró:

—¿El qué?

Dan debió adivinar que Reggie quería mirarle, porque apoyó su cabeza de nuevo en su hombro, pero ahora de costado, sobre una de sus orejas. Le miró con aire travieso desde allí. Reggie vio sus ojos negros sonreír, a pocos centímetros de los suyos, y su propia sonrisa se hizo

más amplia. Adoraba esos preciosos ojos.

—Vamos, hombre... —susurró Dan, apretándole un poquito más, juguetón, con ambas manos—. No me hagas esto... Si ya lo sabes...

—¿Que eres mi novio? Sí.

—Reggieeee... —protestó Dan.

Pero su sonrisa brillaba más que el sol. Reggie le dio un besito en la punta de la nariz, ronroneando:

—Mmm... Eres delicioso, novio mío.

Dan volvió a reír.

—Pero, ¿será posible? —dijo—. ¿Cómo puedes ser tan romántico para unas cosas, y ahora...?

—¿Será porque te quiero? —interrumpió Reggie, alzando una ceja.

—¿Y qué tiene que ver? ¿M?

—Pues que me da vergüenza —repuso Reggie, haciendo ahora un puchero, medio en broma.

—¡Pff! —se rió Dan—. ¿A ti? ¿Un rockero? ¿Un tipo duro?

—Sí, sí, a mí.

—Nah, no te creo.

—Eh, es de verdad, ¿vale? Y lo de rockero es solo fachada.

—¡Pff! ¡Que se lo digan a tus fans!

—No tengo fans.

—¡A otro con ese cuento!

—¡En serio! Son fans de Jordan o del grupo, no míos.

—Ya.

—A mí no me reconoce nadie por la calle.

—¡Ya será menos!

—No me persiguen las chicas, no me acosan...

—M-m.

—No quieren un hijo mío...

—Menos mal.

—Y es que en realidad, solo soy un rockero con corazón de azúcar.

Los ojos de Dan le miraron llenos de estrellitas de ilusión. Inclino la cabeza a un lado, recostándola más sobre su hombro, y murmuró, meloso:

—¿Y no tiene nada que decirme, ese corazón de azúcar?

—Sí. Que eres mi novio. Y que te-quie-ro.

Dan se rió otra vez, apoyando la nariz en su hombro. Reggie se sintió más en el bote que nunca antes en su vida. Incluso podría jurar que las mariposillas azules de ilusión que bailaban en su estómago se habían multiplicado, y que ahora las tenía por decenas en todo su pecho.

—Eres increíble —cuchicheó Dan, su voz amortiguada por el hombro y la camiseta de Reggie—. ¡Y lo peor es que me encanta!

—Ah, entonces estamos de suerte, ¿no?

—M-m.

Dan volvió a levantar la cabeza. Apoyó su cara en la de Reggie, una junto a otra, y la apretó contra ella, como si necesitara sentirle con toda su piel. Reggie notó que tomaba aire despacio. Sintió sus costillas distenderse a su espalda cuando inspiró, y la caricia de su respiración en la barbilla, cuando el aire salió por su nariz.

—Esto es real, ¿verdad, Reggie? —murmuró Dan de pronto, muy serio, y tan bajito que el batería apenas pudo oírlo, a pesar de tener su rostro junto al suyo—. Esto nuestro, quiero decir...

Reggie frunció un poco el ceño, extrañado por la pregunta, y por el tono tan grave que había adoptado la voz de su compañero. Había pasado de estar riendo y bromeando a esto... ¿Por qué?

—¿Qué significa eso? —dijo—. Claro que es real, cariño. ¿Qué creías? ¿Que era de broma?

Dan negó con un ruidito, frotando su mejilla contra la suya en el proceso.

—No es eso —contestó—. Me refiero a... No es un sueño, ni un espejismo, ¿no? No va a ser para ti un entretenimiento, solo mientras estemos aquí, para olvidarlo después, cuando salgamos y volvamos a nuestra vida de siempre...

—Danny, no puedes decirme eso ahora.

—Lo siento, yo...

—Si fueras solo un entretenimiento para mí, yo no habría estado ahogándome en culpa durante los últimos minutos, solo por haberle dicho a William que eres mi novio. ¿Lo entiendes?

Dan se quedó muy quieto al oír esto, inmóvil. Reggie sintió la necesidad de volverse y de mirarle a los ojos. Le había parecido notar al fantasma de la inseguridad en su voz. Y la sola idea de que su ángel pensara que esto tan bonito que había entre ellos podía ser tan efímero como una pompa de jabón, hacía que las mariposas de su torso se congelaran de repente, y se le cayeran al suelo, estallando en pedazos y haciéndose añicos, como figuritas de cristal.

—Danny, ¿lo entiendes? ¿Tiene sentido eso para ti? —repitió, moviéndose para darse la vuelta entre sus brazos.

Reggie no quería dejar de sentir el cuerpo de su compañero por nada en el mundo. Pero si el precio a pagar para hacer esto bien —esta vez sí—, tenía que ser deshacer el abrazo, sea. Cualquier cosa, con tal de devolverle la seguridad y la tranquilidad a su chico.

Por suerte para él, Dan parecía estar bloqueado o pensativo, alguna de las dos cosas, y no apartó las manos. Reggie se escurrió como una lombriz, girándose hacia él. Cuando sus ojos al fin se encontraron con los suyos, vio que no se había engañado. Las estrellitas de ilusión habían sido sustituidas en gran medida por la congoja, el miedo y la inseguridad.

«¡Oh, no!», pensó, sintiendo que se le encogía el corazón hasta hacerse del tamaño de un guisante, y que se ponía a llorar de pena. «Esto no, Danny...».

—Perdóname, Reggie —murmuró Dan—. Pero es que esto es tan hermoso... Que a veces me pregunto... ¿Y si no es real? ¿Y si se acaba?

—Es muy real, mi vida —respondió Reggie—. Y yo no quiero que se acabe.

Alargó las manos hacia el rostro del rapero con cuidado. Las colocó sobre sus mejillas redondeadas de color chocolate, y las acarició con ternura. Sintió las manos del otro chico sobre su cintura, a ambos lados de su cuerpo, sujetándole ahora con delicadeza, como si no se atrevieran ni a tocarle.

—Yo te considero mi novio —añadió Reggie en voz baja—. Y quiero que sigas siéndolo para siempre.

Capítulo 8

—Yo te considero mi novio —añadió Reggie en voz baja—. Y quiero que sigas siéndolo para siempre.

Sus ojos azules se quedaron clavados en los suyos mientras hablaba, serios, intensos y penetrantes. Dan tuvo la sensación de que Reggie tenía su corazón entero en sus ojos en aquel momento, como si estuviera ofreciéndoselo con las manos abiertas. Supo que el que estaba asomado ahora a los ojos de su compañero era el verdadero Reggie, no el jefe, ni ningún otro. Y por tanto, supo que lo que acababa de decir era la más pura y simple verdad.

«¡Es de verdad!», cantó su corazón, emocionado e ilusionado. «¡Esto no es solo un pasatiempo para él! ¡Quiere que sea para siempre!»

—Para siempre... —repitió Dan, absorto.

Reggie le mantuvo la mirada al otro chico sin parpadear, para que pudiera sentir y ver por sí mismo que era verdad lo que decía, y no tuviera que conformarse solo con escucharlo. Quería que el mensaje le llegara a su cabecita con toda nitidez, y por todos los medios posibles.

—Para siempre... —repitió Dan, como un eco, con la expresión absorta y los ojos prendidos de los suyos.

Reggie asintió. Estaban tan cerca el uno del otro, que podía sentir la respiración del rapero, cálida y liviana, en su nariz.

—Sí —contestó Reggie—. Para siempre, eso quiero. ¿Qué es lo que quieres tú?

Dan no respondió en seguida...

Porque no podía. Su mente estaba teniendo una pequeña desavenencia con su corazón, porque acababa de responder: «¿De qué te asombras tanto, si ya lo sabíamos?».

«¿Cómo que lo sabíamos?», contestó su corazón. «¡Reggie nunca ha sido tan claro como ahora!».

«¡Pero si lo hemos sabido desde el principio, hombre!», insistió su cabeza. «Reggie da por

hecho que esta relación va en serio desde el primer momento, y lo ha demostrado una vez tras otra. Te dijo que no quería perder la conexión que sentía contigo, justo antes de darte su primer beso... Te ha dicho que quiere compartirlo todo contigo, que ahora vamos los dos a una... Te ha dicho...».

«¡Oh! ¿Quieres callarte? ¡Reggie está hablando!», interrumpió su corazón, siempre ávido por seguir escuchando la hermosa voz del otro chico, y por seguir contemplando su fascinante mirada azul.

—Sí. Para siempre, eso quiero —escuchó Dan, como si la voz de Reggie viniera de muy lejos—. ¿Qué es lo que quieres tú?

«¡Para siempre, por favor!», repitió su corazón. «¡Y te pregunta qué es lo que quieres tú! ¡Este hombre es como un sueño!».

Sobrepasado como estaba por las emociones, Dan solo fue capaz de balbucear:

—¿Yo?

—Sí. Una pareja son dos personas —explicó Reggie con voz suave, como si le hablara a un niño pequeño.

Su mirada era tierna y dulce ahora. A Dan no le cupo ninguna duda de que el hielo que había estado envolviendo su corazón se había fundido. De hecho, estaba tan seguro de ello, que si hubiera visto aparecer de la nada una mancha de agua en la camiseta de Reggie, a la altura de su pectoral izquierdo, no le habría sorprendido.

Reggie era libre, libre de la culpa y de los malos rollos que había habido en su cabeza. Era él mismo otra vez, por fin. Y la conexión entre ellos se había restablecido, con la misma intensidad, como si nunca se hubiera interrumpido en absoluto en primer lugar.

Dan la sentía, vibrando entre ellos. Estaba aquí, entre los ojos de Reggie y los suyos... Estaba en el aire que rodeaba sus dos cuerpos abrazados... La sentía en sus costillas, golpeando contra ellas con cada latido que daba su corazón...

—Yo quiero que seas mi novio, pero... —continuó Reggie—. ¿Qué quieres tú? ¿Lo quieres también? ¿Para siempre? ¿O deseas que esto se acabe en cuanto salgamos de aquí?

Dan sintió que se le agolpaba un sollozo en la garganta de pura gratitud. Esta necesidad de pedirle permiso para todo, incluso para esto, era algo tan propio de Reggie... Era una de las cosas que más le gustaban de él. Este detalle, a sus ojos, hablaba de respeto, de compañerismo y de delicadeza. Este detalle en apariencia tan pequeño, le hablaba de amor.

«Tu ex nunca te preguntó qué era lo que tú querías», le recordó su corazón. «Simplemente, lo dio por hecho, que erais pareja. Y tú lo aceptaste sin cuestionar, porque estabas necesitado de mimos, y querías tener un novio, y dejar de ser el único de tus amigos que aún seguía soltero, ¿te acuerdas? Pero esto es diferente. Esto es muy diferente... Reggie está contando contigo. ¡Porque te quiere! ¡Le importas!».

Que le importaba y le quería, Dan no tenía ninguna duda. Reggie lo llevaba escrito en los ojos. Y también iba impregnado este sentimiento en el calor y el tacto de sus manos, y en la delicadeza con la que sostenían sus mejillas, como si estuvieran hechas de cristal.

Dan sintió que las acariciaba con los dos pulgares. Vio la carita de Reggie, borrosa entre sus lágrimas, contraerse en una mueca de preocupación. Y le oyó susurrar un «shh», tranquilizador, mientras seguía acariciándole, como si le hubiera asustado mucho verle a punto de convertirse en un charquito de emocionado rapero.

Dan cerró los ojos. Tomó aire, despacio y entrecortado, tratando de serenarse. Estaba asustando a Reggie con sus tonterías, algo que no quería hacer de ninguna de las maneras. ¿Y qué demonios le pasaba, en primer lugar? ¿Por qué estaba tan emocionado?

«¡Porque es tan diferente, Dios...!», se contestó. «Es diferente, nuevo y maravilloso».

El cuidadito con el que Reggie le trataba se sentía como si alguien hubiera aplicado una compresa de agua fría sobre su pobre corazón, achicharrado como estaba aún por los desaires y los desplantes de su ex. Su respeto y su ternura se sentían como un soplo de aire fresco, para alguien que hubiera pasado toda su vida encerrado en una habitación... Incluso su preocupación era un alivio para él. Se sentía dulce como la miel. Porque era hermoso ver que uno le importaba a su pareja, que le importaba de veras. Su ex jamás le dirigió ni tan siquiera una mirada cuando lo vio llorar... Y lo vio llorar muchas veces. Y no de alegría, como hoy, sino de todo lo contrario...

Reggie en cambio se preocupaba incluso cuando lo veía llorar de felicidad. Eso solo podía significar una cosa: que no deseaba verlo llorar en absoluto. ¿Y no era eso algo hermoso?

Por detrás de sus párpados cerrados, Dan pudo sentir la caricia cálida y liviana de la respiración del otro chico en su nariz. Pudo sentir su aroma, una vez más, y se maravilló de lo familiar y lo reconfortante que le resultaba. Pudo sentir el calor de su cuerpo bajo sus manos, a pesar de que ya no le abrazaba.... Se había agarrado a la camiseta de Reggie por los costados para asirse a algo sólido, porque se sentía mareado y a punto de caerse redondo.

Continuaba sintiendo también el calor de las manos de su chico en sus mejillas. Y el tacto áspero de las yemas de sus dedos. Una lágrima furtiva se escapó de uno de sus ojos, y resbaló por su mejilla. Se coló entre su piel y la de Reggie, pero ni por esas logró separarlos. Reggie se dedicó a acariciarle la mejilla otra vez con el pulgar, tratando de secarla. Ahora la humedad salada de sus lágrimas ya no era solo suya. También era de Reggie. Estaba en su piel, impregnándola igual. Hasta eso era de los dos...

Dan seguía sin responder. Había cerrado los ojos y había hecho una mueca, como de ir a echarse a llorar. Asustado, Reggie le acarició ambas mejillas con delicadeza con las dos manos, susurrando «shh» una y otra vez, para tratar de tranquilizarle.

El rapero tomó aire entrecortadamente. Una lágrima se escapó de sus párpados cerrados, se lanzó en picado desde allí, y rodó por su mejilla. Se metió entre esta y la palma de la mano de Reggie, mojando ambas con su humedad salada.

Reggie hizo un pequeño gesto de contrariedad. No había sido su intención hacer llorar a su chico. Solo había querido aclarar las cosas, porque él lo daba por hecho, que eran pareja y que iban a serlo durante mucho tiempo, pero le había parecido sentir que Dan no. Y no estaba dispuesto a dejar este malentendido aquí, flotando entre ellos. Con mucho cuidado, acarició la mejilla húmeda de su amor con un pulgar, tratando de secarla...

Dan tomó aire otra vez, se estaba ahogando por el llanto. En esta ocasión, le sobresaltó algo parecido a un sollozo, pero le dio lo mismo. La felicidad le desbordaba.

«¡Para siempre!», repetía su corazón. «¿Te imaginas ser el novio de este ángel para el resto de tu vida?».

Pero una vez más, su cabeza se empeñó en ponerse quisquillosa.

«¡Pero si ya lo sabíamos!», repitió a su vez. «¡Lo dijo esta mañana! Dijo algo... Te dio a entender que eras su persona especial. Dijo...».

«¿Qué dijo?», se preguntó Dan. «No lo recuerdo. Han pasado tantas cosas desde entonces...».

Y sin embargo, sabía que tenía razón. Reggie no había dicho nunca antes que quería que fueran novios, ni que quería que fuera para siempre. Pero sí hubo algo esta mañana, algo de lo que dijo, que dio un tironcito de la intuición de Dan, y le dio que pensar: «¿Tú ves lo que está diciendo este hombre? ¡Y lo da por hecho, además!».

Ahora bien, ¿qué fue? ¿Qué podría hacer para acordarse?

Mientras Dan trataba de hacer memoria, ofuscado como estaba por la marea de recuerdos de su ex, que habían venido en tromba, para mostrarle cuán diferentes eran aquel y Reggie... Sobrepasado como estaba también por las emociones, y por el tacto de las manos de Reggie en su piel, y por su aroma...Y tratando con toda su voluntad de retener el llanto, para no asustar a su compañero más aún...

Mientras él estaba en estas, Reggie parecía cada vez más inquieto. Chasqueaba la lengua, inclinando la cabeza a un lado con una pequeña mueca, y le acariciaba la cara con ambas manos, como tratando de secársela.

—Shh... Ya está, Danny... —murmuraba—. ¿Qué he dicho para ponerte así?

—¿Novios para siempre? —susurró Dan, con la voz pequeña, aguda y temblorosa.

—Am... ¿Qué?

Y entonces, como un relámpago, vino el recuerdo que su cabeza había estado buscando desde el principio. La marea de recuerdos de su ex pasó; se retiró tan deprisa como había venido. Y en su lugar quedó solo uno, el recuerdo de Reggie, esta mañana, cuando estuvieron sentados juntos en el banquito del callejón, viendo amanecer.

Volvió a ver a su compañero en su mente tal como lo vio entonces, sentado en el espaldar del banco, vestido con la ropa de color claro con la que habían dormido, y con un cigarro en la mano. Le vio con la cara vuelta hacia él, mirándole con la misma ternura y admiración infinitas con que le miraba ahora. Claro que esta mañana no tenía ansiedad ni preocupaciones, entre otras cosas, porque Dan no se puso a llorar como un crío... Tampoco parecía estar exhausto, como ahora, ni estaba tan pálido, ni se le marcaban tanto las ojeras azules bajo los párpados...

«Pobrecito mi Reggie», pensó Dan.

Pero esta mañana también le acarició la cara y el pelo. Y cuando Dan, sentado en el banco, a su lado, apoyó la cabeza en una de sus rodillas, Reggie la apretó contra sí con una mano, cálida y tierna, como si quisiera protegerle, consolarle, y acariciarle, todo a la vez.

Como un eco, volvió a escuchar en su mente retazos de aquella conversación.

—De nosotros dos, el tío serio y preocupado soy yo, Danny —había dicho Reggie—. No dejes que se te contagie el miedo de Little B, ¿vale?

—¿Tú eres el tío serio? —había respondido Dan, en un intento por bromear, por trivializar, porque se había sentido hecho un flan, igual que ahora.

—M-m —asintió Reggie—. El serio, el rockero, el obsesivo...

—El músico, el repostero, el soñador, el romántico...

—El bobo...

—El que quiere ir a Jamaica con una persona especial...

—Sí. De luna de miel.

«¡Ah!», pensó Dan, con un pequeño sobresalto, al oír de nuevo esta última frase en su mente. «¡Luna de miel!».

Entonces entendió que su cabeza había tenido razón desde el principio, por una vez, y no su corazón. Reggie ya había dicho antes que quería que esto fuera para siempre. Lo dijo en ese momento. Aquellas tres palabras —«luna de miel»— fueron las que dieron un tironcito a su intuición para llamarle la atención. ¡Reggie estaba dando por hecho que ellos dos irían a Jamaica de viaje de novios! ¡Recién casados!

«¡Madre mía, Dan!», se dijo el rapero. «¿Y te has atrevido a dudar, y a sentarte inseguro?

¡Oh, madre mía!».

Y como para rubricarlo y calmar a su corazón para siempre, su mente le envió un último recuerdo, y de aquella misma conversación, la de esta mañana...

Se vio a sí mismo apartándose para levantar la vista hacia Reggie. Volvió a verle desde abajo, pálido, blanco, con ojeras oscuras y el morado en la mandíbula. Reggie bajó la vista hacia él a su vez. Y cuando sus ojos se encontraron, ya no la desvió más.

—¿Y crees que soy esa persona especial? —preguntó el Dan de esta mañana, sonriente—. ¿Qué he hecho para ser tan afortunado?

—Ser tú —contestó Reggie, mirándole, embelesado—. Solo eso, amor. —Se inclinó para dejarle un besito casto y dulce en los labios, y luego otro, antes de murmurar—: Y el afortunado... —Le dejó un besito en la punta de la nariz—. Soy yo.

Dan parpadeó. El recuerdo se disolvió deprisa en su mente, diluyéndose hasta desaparecer. Ahora volvía a estar de pie en el pasillo gris, bajo la luz de la lámpara del techo, amarillenta y mortecina. Volvía a tener la cintura de Reggie sujeta entre sus dos manos, mientras él le acariciaba la cara con las dos suyas...

De nuevo, Reggie parecía mucho más cansado que esta mañana, y las ojeras se le marcaban mucho más. Tenía el pelo húmedo, pegado a la frente y sin brillo. Pero sus ojos seguían teniendo el color del cielo y el mar, y le miraban con la misma adoración, como si Dan fuera... Pues eso, su persona especial.

«¿Cómo he podido estar tan ciego?», pensó Dan.

Toda la emoción se esfumó de repente, llevándose consigo la inseguridad y las dudas. Volvía a sentirse inmensamente orgulloso de su pareja. Este hombre cansado y preocupado, sobrepasado por las responsabilidades, estaba olvidándose de sí mismo, una vez más, para calmarlo y cuidar de él. Si esto no era amor, que viniera Dios y lo viera.

«Te quiero tanto, Reggie...», se dijo.

Y entonces supo lo que tenía que hacer. Tomó aire otra vez, bastante más sereno, y murmuró:

—¿Novios para siempre? ¿Eso has dicho?

Capítulo 9

—¿Novios para siempre? ¿Eso has dicho?

—Creo que sí... Aunque estoy tan cansado, que no puedes hacerme ni caso, Danny. Yo solo quería...

—Pero, ¿no me dijiste esta mañana que iríamos de luna de miel a Jamaica?

Reggie se quedó inmóvil al oír aquello. Tanto que durante un instante contuvo la respiración, y tuvo la sensación de que su corazón también se saltó un latido... Antes de ponerse a redoblar a toda velocidad en sus oídos.

«¡Luna de miel!», gritaba dicho corazón, alborozado.

Reggie volvió a verse a sí mismo tal como estuvieron esta mañana, sentados en el banquito del callejón. Cuando dijo aquello, aún no estaba totalmente seguro de que Danny fuera su persona especial, la que veía en sus sueños. Lo intuía, desde luego. Pero una cosa era esa y otra *saberlo*, con todas sus letras.

Ahora, pocas horas después de aquello, ya no tenía ninguna duda de que lo era. De hecho, estaba tan seguro de ello que, sin darse ni cuenta, hasta se lo había dicho a William, un perfecto desconocido, a quien su relación con Dan —suponía— no le interesaba en lo más mínimo...

En cambio, Dan había guardado en su mente la conversación de esta mañana, y el sueño de infancia de Reggie de ir de luna de miel a Jamaica. Lo había guardado en su mente, y también en su corazón, y lo había sacado a la luz justo ahora, para transportarle otra vez a ese momento tan hermoso que compartieron juntos, en el callejón.

Pero no solo eso. Por su modo de hablar, parecía que también compartía con él ese sueño, ¿verdad?

Anonadado, Reggie parpadeó. Se fijó en el hombre que tenía ante sí. Dan ya no lloraba. Le miraba ahora con una sonrisa insegura y temblorosa. Sus ojos estaban húmedos aún, pero brillaban, llenos de ilusión y esperanza. En su carita, aún cobijada entre las blancas manos del batería, brillaban los regueros húmedos dejados por sus lágrimas... Lágrimas de felicidad, Reggie lo supo por fin. Lágrimas de emoción y alegría, no de pena. Y lo supo porque Danny tenía el corazón entero en sus ojos en aquel momento. Y era tan hermoso, ese corazón...

«¡Luna de miel!», repitió una vez más la mente de Reggie, como tratando de sacudirle para hacerlo despertar.

Y por fin, las palabras —sus propias palabras, al fin y al cabo, porque fue él quien las usó esta mañana, lanzándolas al viento sin tener ni idea de lo que estaba haciendo, ni de lo que le esperaba—, llegaron a su destino, su corazón, donde vivían ya la voz de Dan, su risa, la mirada

de sus ojos, el tacto de sus manos y el sabor de sus labios.

Y el corazón de Reggie fue el que descifró el mensaje por él, porque su cabeza estaba demasiado agotada como para poder pensar y sentir. A ver, sabía que acababa de caerle encima algo grande, algo importante. Pero no supo bien el qué hasta que dicho corazón se puso a gritar, dando saltos de alegría, dentro de su pecho...

Dan aguardó, quieto, sin atreverse ni a respirar, dejándole su espacio a Reggie para que asimilase lo que acababa de decirle.

En un primer momento, su compañero también se quedó inmóvil, como si se hubiera convertido de repente en una estatua de mármol, mirándole con grandes ojos. Dan continuó aguardando su reacción, ilusionado. «¿No te acuerdas, Reggie?», le preguntó con la mente. «Fue esta mañana. ¿Tú también lo has olvidado?».

La cara de Reggie fue cambiando poco a poco, a medida que iba cayendo en la cuenta de lo que la frase quería decir. La sorpresa inicial dio paso al asombro. Luego hubo un poco de confusión. Después se quedó absorto, como haciendo memoria...

Parpadeó, y su vista se aclaró. Pareció asombrado otra vez, y maravillado. Sus ojos se abrieron de pronto como platos, y su boquita rosada también se entreabrió por la sorpresa. Dan sonrió un poco más. Supo que su Reggie por fin había comprendido.

«¡Luna de miel!», gritaba el corazón de Reggie, aún redoblando con fuerza en sus oídos. «¡Para ir a alguna parte de luna de miel, antes hay que casarse! ¡Danny no quiere ser tu novio para siempre, Reggie, botarate torpe donde los haya! ¡Quiere casarse contigo!».

Y entonces comprendió Reggie por qué las lágrimas de su Danny eran de felicidad. Y supo que su sonrisa era insegura porque no sabía cuál iba a ser su reacción. Y que su expresión era ilusionada porque... Porque... ¡Le quería!

—¡Luna de miel, por Dios! —articuló Reggie.

Empezó a temblar todo entero de emoción, pero le dio lo mismo. Rodeó el cuello de su novio con los brazos y le apretó muy fuerte, murmurando:

—¡Por Dios, Danny!... ¡Por Dios!

Metió la nariz en el hueco de uno de sus propios codos, pero ya era demasiado tarde. Se le

escapó un sollozo, no pudo evitarlo. Dan debió sentirlo, u oírlo —o las dos cosas—, porque sus manos agarraron la camiseta de Reggie por los costados, y este le escuchó cuchichear, alarmado:

—¿Reggie?

—Lo siento —murmuró el batería, tratando de retener el llanto como mejor podía, que no podía mucho...

Sacudió la cabeza, frotándola contra la de su rapero. Sus lágrimas se mezclaron con las de él, mejilla con mejilla, pero Reggie casi no las sintió.

—Estoy tan feliz... —balbuceó—. No solo quieres que esto siga, sino que además...

—Lo doy por hecho, sí...Que seguiremos juntos toda la vida. Igual que tú. Pero a veces, me siento inseguro, y esta ha sido una de esas veces —murmuró Dan en su oído—. Perdona, amor. Es que nunca he vivido algo como esto.

—Yo tampoco. —Reggie le besó la mejilla húmeda, y volvió a apretar la suya contra ella, murmurando—: Eres un sueño, mi ángel...

Dan volvió a rodear su cuerpo con los brazos, y le apretó muy fuerte.

—No. Tú eres un ángel —contestó.

Su voz sonó bastante más serena que la de Reggie. Su cuerpo le ancló a tierra otra vez. Reggie volvió a negar, frotando de nuevo su mejilla contra la de él.

—No. Tú —fue lo único inteligente que pudo decir.

—Tú, que eres blanco y rubio —contestó Dan.

Había una sonrisita en su voz, traviesa y bromista. Reggie abrazó sus hombros con las dos manos. Le apretó muy fuerte a su vez.

—¿Y quién ha dicho...? —comenzó, apartándose para levantar la cabeza y mirarle a la cara otra vez, con una sonrisa emocionada y temblorosa—. ¿Que no existan los ángeles negros, a ver?

La sonrisa de Dan se hizo más amplia, abierta, deslumbrante. Sus ojos brillaban ya no por causa de las lágrimas, sino por la risa y la emoción. Al ver la cara de Reggie, sin embargo, hizo una mueca, como si le hubiera dado mucha ternura, y se movió un poquito hacia delante para cubrir, una vez más, la distancia que los separaba.

Reggie sintió que sus labios se posaban sobre los suyos, y supo que estaba perdido... O más bien encontrado. Porque tenía entre sus brazos a la persona de sus sueños. Y una vez más estaba dándole justo lo que Reggie necesitaba, sin que hubiera tenido que pedirlo. Y él solo lo había reconocido ahora que lo tenía en su boca: un beso.

Reggie mandó a paseo eso de pensar. Incluyó la cabeza a un lado, y se dedicó a morder a conciencia esa deliciosa boquita. No pudo evitar acordarse de una idea que se le ocurrió antes,

mientras aguardaba a que William regresara a su habitación. Él era un hombre sediento que acababa de atravesar un desierto. Y Dan era su oasis, su dulce y delicioso oasis. Ahora que por fin había llegado a él, Reggie sentía que jamás podría saciarse...Quizás lo hiciera temporalmente, pero nunca del todo... Nunca del todo.

En cuanto a Dan, estaba emocionado. ¡Ángeles negros, por favor! ¿Qué blanco le había dicho antes una cosa así? Corrección. ¿Qué chico le había llamado «ángel» antes, ni blanco ni de color? ¡Ninguno! Se sentía temblando todo entero, y tan feliz que los ojos volvieron a llenársele de lágrimas sin poder evitarlo.

Pero no quería volver a preocupar a Reggie, y sí estaba deseando besarle. De modo que no lo pensó y salió a su encuentro. Una vez más, Reggie se quedó inmóvil por un primer momento, como si le hubiera sorprendido que Dan hubiera tomado la iniciativa. Pero en seguida se repuso, y se lanzó a morder su boca con verdadera ansia. Había fuego, había avidez, y había sed en los besos y bocaditos de Reggie, y Dan no pudo dejar de maravillarse por ello. Porque hacía solo un instante, Reggie no le había dado en absoluto la impresión de estar necesitado de besos. Le había parecido muy sereno, todo lo contrario de esta ansia que estaba demostrando ahora. ¿Dónde había estado escondida esta pasión desenfadada? ¿Cómo lo haría para ocultarla tan bien?

Dan decidió que no le importaba. Este era uno de los misterios de este hombre maravilloso, que nunca dejaba de sorprenderle. A Dan le fascinaba que fuera así, que tuviera esta pasión controlada, ese fuego callado. Que fuera una bomba sexual, pero que solo se permitiera liberarse en la más completa intimidad. Le hacía sentir especial, querido. Se le ocurrió pensar que Reggie no debía haber besado a mucha gente como estaba besándole a él ahora mismo, y eso le sembró un agradable calorcito en el pecho.

Ah, pero esos mordisquitos en sus labios eran deliciosos... Como lo era también esa lengüita húmeda y caliente, y esos labios suaves y delicados. Dan rodeó el cuerpo de su novio con ambos brazos. Lo apretó con firmeza contra sí, y se dedicó a besarle y a morderle a su vez. Nunca se cansaría de probar esta boca deliciosa. Esto debía ser el cielo.

«Y diga lo que diga, él es el ángel», fue lo último que pensó, antes de sumergirse de lleno en la caricia y olvidarse de todo lo demás.

Por su parte, Little B todavía estaba dándose unos minutos para juntar valor. Barajaba las cartas entre sus manos, mientras hacía tiempo hasta que William estuviera de nuevo en su cuarto. Tenía pensado ir a reunirse con sus amigos, por supuesto. Se sentía muy solo aquí, sin ellos, y por tanto, más asustado todavía. Sus pobres nervios estaban de punta desde que vio aquellos tipos rondando por los alrededores, y por mucho que lo había intentado, aún no había logrado

relajarlos. Pero... Bueno, eso. Estaba juntando valor.

Se sentía encerrado, ese era el problema. En este apartamento no había ningún lugar donde esconderse. Y aunque logaran huir a la calle, ¿de qué les serviría, si no tenían coche?

Sin embargo, estaba decidido a ir a la puerta de atrás, a reunirse allí con sus amigos. No sabían lo que se iban a encontrar en el callejón aquel. Y alguien tendría que hacer de refuerzo para ayudar a Dan y Reggie, por si los desconocidos estuvieran por allí. La idea no le agradaba en lo más mínimo, ¿eh? Conste. Little B tenía el estómago hecho un nudo. Pero no iba a dejar a sus amigos solos con esto.

En verdad, el único consuelo que tenía era que volvía a tener la cortina echada a su espalda. Ahora ya podía andar arriba y abajo por el salón, y sentirse a salvo haciéndolo, porque sabía que nadie podría verle desde fuera.

Pero ya llevaba un rato aquí sentado, y no había oído ningún sonido procedente del pasillo. Desde que Dan se llevó la radio, tampoco había regresado ninguno de sus amigos. Little B empezaba a estar inquieto. ¿Habría terminado Reggie de hablar con William? ¿Estaría este de nuevo en su cuarto? ¿Sería seguro para él asomarse al pasillo, o sería mejor que no lo hiciera todavía? Pero, ¿y si Dan y Reggie estaban ya en el exterior?

«Lo mejor será que vaya a ver», pensó. «Sería absurdo que les agredieran esos tipos ahí atrás porque yo me haya demorado demasiado».

Se puso en pie, y dejó cuidadosamente la baraja de cartas en una pequeña pila sobre la mesa. Estaba levantándose las mangas de la camiseta hasta los codos, con un suspiro ansioso, cuando empezó a escuchar los pasos lentos y pesados de Paul, acercándose por el pasillo.

Little B se interrumpió, y levantó la vista hacia el umbral, frunciendo el ceño. ¿Ya regresaba el grandullón? Y al parecer venía solo... ¿Habrían terminado sus dos compañeros de hablar con William? ¿Y también habían ido y vuelto de tirar la basura? Porque ese era el plan que tenía Nobody, que Paul se quedara montando guardia en la puerta de atrás, mientras Reggie y él iban a los cubos, hasta que regresaran...

«No creo que hayan vuelto ya», se dijo. «No han tenido tiempo...».

Por suerte, no tuvo que esperar mucho para salir de dudas. Los pasos se acercaron deprisa, y Paul apareció en el salón casi en seguida. Su alta y ancha figura ocupó casi todo el umbral del pasillo cuando se detuvo allí y echó un vistazo alrededor, con aspecto confuso y desorientado.

—Little B, ¿por qué has encendido...? —comenzó, mirando a la lámpara del techo. Pareció reparar en la ventana, porque dijo—: Ah, has vuelto a echar la cortina. ¿Por qué?

—Porque me siento más seguro así —contestó Little B. Era la misma respuesta que le había dado a Nobody hacía unos minutos, y no era más que la pura verdad—. Y tampoco entraba demasiada luz, de todas formas...

Hizo una pequeña mueca al oírse hablar, y bajó la vista, avergonzado. Estaba convencido de

que Paul iba a burlarse de él, por ser un gallina. Pero es que no lo podía remediar. Él fue el único que vio a aquellos tipos, y la sensación de amenaza que tuvo en ese momento se le había quedado impregnada en el tuétano de los huesos, como quien dice.

«Creí que nos descubrirían», recordó tristemente, con un escalofrío. «Creí que aquí se acabaría todo para nosotros...».

Durante unos instantes, se quedó así, con la cabeza baja, esperando con resignación la reacción de Paul, fuera la que fuese, y preguntándose qué clase de respuesta podría darle a su vez a este botarate. Si tenía que hacerse el ofendido y el digno para que no volviera a abrir las cortinas, lo haría, faltaría más.

«Cualquier cosa, con tal de que no nos descubran», pensó.

Pero para su sorpresa, la carcajada de Paul que tanto temía nunca llegó a sonar. El cantante pareció pensarlo un momento, y al fin dijo, con voz suave:

—Si tú te sientes mejor así, perfecto, Little B. La dejaremos tal como está.

Little B levantó la vista al oír esto, perplejo. La mirada de Paul no era burlona, sino amable y comprensiva. Había una pequeña sonrisa en sus labios, tierna y casi triste. El rapero no logró entender por qué no se había reído. Hacía tan solo unos minutos, cuando Paul salió con Nobody a ayudar a Reggie con William, le gastó una bromita de bastante mal gusto. Little B creyó que el cantante le tenía por un pusilánime y un cobarde. ¿Y ahora decía esto?

«No sé cómo se ha obrado el milagro, pero tampoco importa», pensó. «Doy las gracias por los pequeños favores, y seguimos adelante».

Capítulo 10

—Am... ¿Por qué has vuelto, Paul? —preguntó Little B retorciéndose las manos, ansioso—. ¿Ya han regresado Reggie y Nobody de tirar la basura?

Paul negó, avanzando un par de pasos. Se detuvo otra vez, en mitad del salón ahora, y echó un vistazo fugaz al pasillo, estirando el cuello para poder ver mejor, antes de responder:

—Dan me ha pedido un minuto para hablar con Reggie.

—¿Delante de William? —se horrorizó Little B.

—No, hombre. William ya está en su cuarto —dijo Paul, haciendo un gesto con la mano.

—¡Ah! —exclamó Little B, llevándose una de las suyas al esternón, y soltando un suspiro de alivio.

Pero en seguida se dio cuenta de que había algo extraño aquí, y frunció de nuevo el ceño, aún con la mano en el pecho, preguntando:

—¿Y de qué tiene que hablar Nobody con Reggie a solas?

Paul no respondió en seguida. En lugar de eso, volvió a estirar el cuello para asomarse al pasillo. Little B tuvo la impresión de que quería cerciorarse de que ellos dos también estaban solos. El otro joven pareció satisfecho con lo que vio, porque se quitó el pasamontañas y se pasó una mano por la frente, como para enjugarse el sudor.

Eso le dio que pensar a Little B que, si William estaba en su cuarto, en verdad ya no necesitaban llevar la cara cubierta. Y él también tenía calor. De modo que empezó a quitarse el suyo a su vez. Pero apenas tuvo la prenda enrollada sobre su nariz, oyó decir a Paul en voz baja:

—Reggie le ha dicho a William que son novios.

Little B se arrancó el resto del pasamontañas de la cabeza con un gesto brusco. Se le enganchó en una oreja, y tuvo que dar un tirón, con un ruidito de frustración, antes de poder soltarlo y mirar otra vez a Paul. Desencajado por el espanto, y también un poco incrédulo, que todo había que decirlo, exclamó:

—¿Qué dices? ¿Que Reggie le ha dicho a William que Nobody y él son...?

Paul asintió. Little B dejó caer los brazos, consternado, y balbuceó:

—¿Por qué?

Ahora Paul se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. Me parece que lo dijo sin pensar. Está cansado y preocupado por Dan. Creo que él no deseaba decírselo a William, y que se le escapó. Sospecho que se arrepintió justo después. Puede que sea eso lo que estén aclarando.

Little B resopló. Se dio cuenta de que continuaba allí, con los brazos caídos y el pasamontañas en una mano, y se irguió para guardarlo de nuevo en su bolsillo. Desde luego, este Reggie era una caja de sorpresas. Primero le dejaba la radio a William, algo que Little B todavía no había acabado de asimilar, y ahora esto...

«¡Novios!», repitió para sí, anonadado. «Pero, ¿de verdad lo son? Quiero decir, una cosa es que se gusten y tal, y otra... “Novios” es una palabra muy grande para algo que está tan al principio, ¿no? Es muy formal... ¿Y a Nobody le ha parecido bien?».

Hizo un mohín. Viendo lo que había cambiado su colega en las últimas horas, y cómo le parecía todo lo que saliera de Reggie —poco menos que maravilloso—, seguro que estaba encantado con la idea. Ahora bien, por qué Nobody no se lo dijo en persona cuando vino a por la radio... Eso se escapaba a la comprensión de Little B.

¡Novios, por favor! A Little B le parecía algo muy fuerte. Aunque a la vez, si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que casi se alegraba de que Reggie sintiera eso, porque quería decir que su relación con Nobody iba muy en serio. Vaya, que no pensaba dejarlo en cuanto acabara esta locura, sino que tenía en mente algo verdadero y por tanto, duradero...

Little B ya había hablado de esto con Reggie en privado, y él le dijo exactamente eso. Little B le creyó, desde luego. Pero nunca pensó que Reggie daría este paso tan pronto, ni desde luego que lo daría así. Y no podía dejar de preguntarse...

¿Por qué William, a ver? ¿Qué le importaba a él la relación que tuvieran sus secuestradores entre sí? Y lo más importante. ¿Perjudicaría esto en algo a Nobody, o a Reggie? Little B no sabía lo que creer.

El susurro de Paul interrumpió sus reflexiones.

—¡Little B! —El rapero levantó la vista hacia él. Paul estaba sonriendo, y le hizo un gesto con la mano para que se acercara, añadiendo—: ¡Ven! ¡Mira!

—¿Qué pasa?

Intrigado, Little B caminó de puntillas en su dirección. Paul colocó una de sus pesadas manazas en su hombro, y le atrajo hacia sí, señalando al pasillo con la cabeza, y murmurando:

—¡Asómate! ¡Mira qué dos!

Little B le miró desde abajo, dudoso.

—Si están morreándose contra una pared, no quiero tener que verlo, la verdad —contestó.

—¡Qué tonto! ¡Claro que no! —Paul le dio un empujoncito a su hombro hacia delante,

repitiendo—: ¡Mira! ¡Te va a gustar!

Little B hizo un gesto de duda con la cabeza. Él no lo tenía nada de claro. Pero la intriga pudo más que él, y se arriesgó a estirar el cuello a un lado para tratar de ver algo en el pasillo.

La luz estaba encendida todavía. Las bolsas de basura permanecían en el suelo, allá, cerca de la puerta del baño. Y junto a ellas, había dos figuras vestidas de oscuro, tan estrechamente abrazadas, que parecían una sola. Little B no pudo ver la cabeza de Nobody, porque estaba oculta por la de Reggie. Pero sí vio sus brazos, rodeando el cuerpo del otro chico y apretándolo contra sí. Por su parte, Reggie rodeaba el cuello de Dan con los suyos. Little B tampoco pudo ver su cara, porque parecía estar vuelta hacia Dan. Solo vio su pelo rubio, que parecía más oscuro con esta luz.

—No lo llevan mal, ¿verdad? —dijo Paul—. No parecen estar enfadados.

—No —convino Little B—. Y me alegro. —Volvió a levantar la vista hacia Paul para preguntar—: ¿Cuándo saldrán al callejón?

—No sé. Supongo que Reggie me avisará.

Little B se enderezó y se dio tironcitos de la camiseta para alisarla. No miró a Paul al decir, muy serio:

—Quiero ir contigo a la puerta aquella.

—¿Qué? —se asombró el grandullón—. ¿En serio?

Little B asintió, muy seguro.

—Pues sí.

—¿Y eso?

—Me aburro mucho, aquí solo —respondió Little B, encogiéndose de hombros y tratando de aparentar que no estaba nervioso en absoluto—. Además, ¿quién sabe? A lo mejor puedo ser de alguna ayuda.

Paul sonrió. Lo hizo despacio, pero tanto que llegó un momento en que Little B creyó que la sonrisa le desbordaría por ambos lados de su rostro. Ilusionado, le dio una palmadita en el hombro y exclamó:

—¡Estupendo! Me alegro mucho, Little B. ¡Verás lo contentos que se van a poner nuestros amigos! ¡Y claro que serás de ayuda! ¡No somos nada sin ti!

Little B hizo una pequeña mueca. De nuevo, él eso no lo tenía tan claro. Reggie se bastaba solo para organizar a un regimiento de secuestradores. Dan podría cuidar de todos ellos, y también de un regimiento de secuestrados. Paul era capaz de vérselas hasta con un guardaespaldas profesional, como hizo ayer. Pero, ¿él? Él no servía para nada, solo para escoger

la banda sonora de la pelea y animarles desde la retaguardia.

No obstante, prefirió guardar silencio. Si había problemas ahí atrás, pensaba salir fuera a ayudar a Reggie. Vale que solo fuera un hombrecillo canijo y frágil, y que no tuviera nada del arrojo de Reggie o de Nobody... Pero no iba a dejar a sus amigos en la estacada. Eso no lo sabían ellos bien.

Entretanto, Reggie continuaba abrazado a los hombros de Dan, con la cabeza inclinada a un lado, perdido en sus besos. Los labios de su amor eran blandos y suaves, y su boca era caliente y húmeda. Besó la suya con delicadeza, y Reggie no dejó escapar la ocasión de atrapar sus labios entre los suyos y sus dientes, y de morderlos suavemente y con delicia. El fuego ya se había aplacado bastante, y ahora lo que sentía era la necesidad de recrearse todo lo que pudiera en la caricia.

Las manos de Dan se cerraron sobre su camiseta, en sus costados, arrugándola y rozándole con las uñas, como si necesitara agarrarse a algo. Tiraron de él hasta tenerlo apretado contra su cuerpo, barriga con barriga. Luego sus brazos rodearon su torso, una vez más, y le cobijaron contra sí, como si no quisieran dejarle ir nunca.

Reggie sintió un nuevo escalofrío por la espalda al notar el abrazo. Ronroneó en la boca de su compañero, mordiéndola despacio, una vez y otra. Aquellos labios gruesos y blandos eran la perfección. Reggie podría estar haciendo esto toda la vida, hasta mudar la piel de sus propios labios, y ni por esas apartaría su boca de la de su precioso rapero.

Pero Dan no se quedó inactivo. Hizo un ruidito de placer, y movió la cabeza al otro lado para cambiar las tornas. Mordió sus labios a su vez, y Reggie se dejó hacer, derretido. Le llamó la atención que, aunque Dan tenía también su propia ración de ansia, sus bocaditos eran más delicados y dulces que los suyos, como si Reggie fuera algo frágil que hubiera que morder con cuidado, no se fuera a romper. El pensamiento hizo que una sonrisita le trepara a sus muy felizmente ocupados labios, haciendo que se retirasen poco a poco de los mordisquitos de Dan. Este le dejó ir suavemente, como a desgana, y buscó su nariz con la suya a tientas, con un ruidito de protesta, que sonó a: «Ains, ¿por qué te apartas?».

Reggie le hizo un mimito con su nariz a su vez, rozándola con la suya, para decirle sin palabras, tranquilizador: «Estoy aquí». Volvió a unir sus labios a los de él, pero ahora cambió el ritmo. Abrió la boca, cubrió con ella la de Dan, y le lamió los labios, lento, lascivo y provocador.

Dan hizo un ruidito de excitación, pequeño pero muy necesitado, y siguió sus movimientos, enredando su lengua con la suya. Reggie se esmeró en hacer el beso todo lo abierto y profundo que pudo. Una de sus manos se fue por sí sola a la nuca de Dan y le rascó el pelo, con los dedos abiertos.

—Ngh... —protestó Dan. Se retiró un ápice, lo bastante como para cuchichear sin voz, en la

boca de Reggie—: Maldita bomba sexual...

Su voz, dulce y algo temblorosa, no se fue al corazón de Reggie esta vez, sino a su entrepierna, a sembrarle fuego dentro del pantalón. Reggie recorrió los labios del otro chico en círculos con la lengua, los lamió otra vez, travieso, y ronroneó en su boca a su vez, un poco sin aliento:

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Oh, sí... —suspiró Dan, sembrándole de besitos una de sus mejillas, la nariz y el labio superior—. Me vuelve loco...

—Mmm... Tú a mí también, cariño —murmuró Reggie, levantando un poco la cabeza para darle acceso a su barbilla y su cuello. La sonrisa seguía instalada en sus labios, y no parecía tener la intención de marcharse—. Te quiero, ¿lo sabes?

—Eso. Ahora trata de arreglarlo —fue la respuesta de Dan.

Reggie soltó una risita grave entre dientes. Estaba en el paraíso, sintiendo los escalofríos por la espalda, y las cosquillitas y el calor en los labios, después de haber sido mordidos a conciencia, cuando sintió el roce de los dientes y los labios de su chico en la zona de piel sensible de la barbilla. El hematoma le lanzó un alarido de protesta, en forma de una punzada de dolor que pareció llegarle hasta la coronilla. Reggie se encogió y tomó aire entre dientes, apartándose un poco, con un gemido.

Dan se sobresaltó al sentirle y cuchicheó:

—¡Lo siento! Había olvidado que era este lado. Lo siento, mi vida.

Sembró de besitos el otro lado de su barbilla, el sano, y su comisura, y le dio un mordisquito dulce y arrepentido en el labio inferior, por el lado opuesto a donde estaba el morado.

—¿Te sigue doliendo? —murmuró—. Lo siento...

Reggie echó la cabeza un poco más hacia atrás para tomar aire. La verdad era que sí le dolía. Después de la primera punzada, su barbilla había empezado a latir de dolor. Y aunque cada latido era menos intenso que el anterior, seguía siendo dolor, al fin y al cabo. No obstante, respondió:

—No, ya se me ha pasado.

Abrió los ojos y bajó la cabeza para poder mirar a su novio a la cara. No le sorprendió ver que Dan ya estaba mirándole a él a su vez, con aire preocupado. En cuanto sus ojos se encontraron, susurró:

—No me mientas, Reggie.

Este sonrió. Se preguntó cómo habría podido adivinar que le había mentado. ¿Tal vez

porque Dan también sabía, por desgracia, lo que dolía un hematoma de estos? ¿O sería porque también sabía lo que era hacerse el fuerte, para no preocupar a su pareja?

Reggie decidió que no importaba. Acarició con una mano la mejilla de su amor. Tenía delante a la persona más preciosa del universo. No iba a perder el tiempo discutiendo con él, pudiendo hacer otras cosas, ¿verdad?

—Está mejor —murmuró. Le ofreció la mejilla sana—. Pero por este lado no me duele nada de nada, lo prometo.

Dan también sonrió. Le dio un besito, casto y dulce, en la mejilla... Y de improviso, abrió la boca y la mordió, de broma, sin apretar. Reggie se sobresaltó por la sorpresa, pero en seguida se echó a reír, abrazándose de nuevo al cuello del otro chico. Cada nueva cosa que descubría de él le gustaba más que la anterior. Se sentía tan feliz...

Por su parte, William continuaba con la oreja pegada a la puerta, todo lo que podía. Pero no había manera. No conseguía escuchar nada, tan solo el roce ocasional de unas botas contra el suelo, y algún que otro murmullo, ininteligible para él. Sabía que el grandullón se había ido, porque había oído sus pasos, pero los otros dos seguían ahí. ¿Por qué?

«Estarán dándose besitos», pensó. «David es muy protector con Jonathan. Y si dice que este está dolorido, querrá hacerle mimitos para tratar de reconfortarlo».

Sintió una pequeña punzada de envidia. Él también estaba herido, tenía un chichón. Y aunque ya no le dolía, también quería que su novio le diera besitos para consolarle. Pero no podía. Troy estaba tan fuera de su alcance en aquel momento, como la luna y las estrellas...Qué injusto era todo.

Apartó la cara de la puerta y la volvió hacia la radio. La miró durante unos instantes, en duda sobre qué hacer. Estaba deseando ponerla, pero no se atrevía. No, mientras esos dos siguieran ahí, detrás de su puerta. No podría sentirse tranquilo hasta que se hubieran ido.

«¿Y por qué no se van?», se preguntó. «¿No tenía David tanta prisa?».

¡Pff! ¡David! ¡Como para confiar en él! Seguramente le había mentado, como en todo lo demás. Aquí estaba William, sin ir más lejos. David prometió esta mañana que se iría a casa hoy. Pero ya era mediodía, y aquí seguía William, encerrado en esta habitación.

«Sin embargo, muy abajo y adentro, me da confianza, no sé por qué», se dijo. «Tal vez sea por lo que se parece a Troy...».

William notaba una extraña sensación de familiaridad con David, y una curiosa afinidad con Jonathan. No tenía ni idea del motivo. Pero las dos cosas eran lo bastante intensas, como para llevarle a atreverse a decirles que él también tenía novio. Y eso que desde que Charlie murió, se

había guardado mucho de confesar su homosexualidad a desconocidos... Pero sus secuestradores también eran gays, al menos dos de ellos, y William se sentía entre iguales. Sí, a pesar de que lo tuvieran aquí encerrado.

«Cada vez estoy más seguro de que no son bandidos profesionales», pensó. «Si lo hubieran sido, David nunca habría tenido el desliz de decir lo de su novio. Y desde luego, no me habría prestado la radio...».

¡La radio! Qué frustración era tenerla al fin, y no atreverse a encenderla porque esos dos no acababan de irse. ¿Qué podría pasarles? William abrió oído otra vez. ¿Por qué no se iban?

Reggie estaba abrazado a su cuello, riendo. Estaban tan cerca el uno del otro, que Dan podía sentir la vibración de su risa en su garganta, esa garganta de donde salía aquella voz tan grave que lo volvía loco...

Abrazó a su compañero con ternura a su vez, cerrando los ojos. Adoraba oír a Reggie reír, no solo por lo bonita que era su risa, sino también porque le aliviaba el corazón verlo relajado y feliz. Dan estaba diciéndolo desde ayer. Reggie llevaba demasiadas cargas. Para él era todo un desafío conseguir que se olvidara de ellas, aunque solo fuera durante unos instantes, y que volviera a ser el chico alegre y desenfadado que debería ser.

No siempre lo conseguía, conste. Reggie tenía mucho sentido del deber y de la responsabilidad, y se aferraba a sus cargas con todas sus fuerzas, quizás porque eso le hacía sentir más en control de la situación. Con el paso de las horas, Dan estaba descubriendo que Reggie y el control parecían ir unidos, en el buen sentido. Reggie necesitaba estar siempre en control, de sí mismo y de la situación en la que se encontraban. Parecía hacerle sentir más seguro. Pero eso tenía la contrapartida de hacer que le costara mucho relajarse. Eso sí, cuando lo conseguían, cuando entre los dos lo lograban, la recompensa siempre merecía la pena.

Pero en esta ocasión, Dan no compartía las ganas de risas, aunque bromeara y riera con él. Una vez que la emoción hubo pasado y volvió a ser dueño de sí, de sus reacciones y de su intuición, había vuelto a hacerse muy consciente de algo que había olvidado momentáneamente: el paso del tiempo.

Reggie y él no llevaban mucho rato aquí de pie, hablando, aunque sí habían sido unos minutos. A eso había que sumarle lo que tardaron en preparar la basura, y todo lo que habían tardado con William. Haciendo un cálculo aproximado, dedujo que en total podría ser un buen cuarto de hora, tal vez más. En realidad, no podía saberlo con seguridad, porque ninguno de ellos tenía reloj. Y ese era el problema, ¿verdad?

Troy quería que le llamaran de nuevo a las dos. Y Jordan había quedado en llamar sobre esa hora para avisarles. Sin tener reloj como estaban, no tenían medio de saber si quedaba mucho o poco para eso. Y aún tenían que tirar la basura, antes de poder sentarse tranquilos en el

callejón...

Ahora bien, para Dan esta parte era la más importante, la de sentarse juntos en el banquito, para perderse el uno en el otro, y olvidarse de dónde y cómo estaban. Era importante por su bien, y por el de Reggie. Y quizás este segundo le importara más que el primero, sobre todo porque sabía que su compañero estaba agotado, y que necesitaba un descanso, mucho más que él. Más aún sabiendo lo que le esperaba cuando llamara Jordan...

¡Pero el tiempo se les estaba yendo! ¡Se les escurría, como arena entre los dedos! Cuando se fueran a dar cuenta, serían las dos, llamaría Jordan, y Reggie no habría podido descansar, porque había estado ocupándose de todo y de todos menos de sí mismo, una vez más. Dan no podía permitir que eso ocurriera. Si tenía que elegir entre seguir besando a su novio ahora, o hacerlo dentro de dos minutos, en el callejón, elegía lo segundo. Y de nuevo, no lo haría por él, sino por Reggie...

Capítulo 11

Reggie notó un besito dulce en la mejilla. Dan le hizo luego un último mimito, frotando su propia mejilla contra la suya, y empezó a apartarse poco a poco, susurrando:

—Reggie, tenemos poco tiempo, y el que tenemos se nos está escapando. Jordan puede llamar en cualquier momento.

Reggie soltó un gruñido por toda respuesta. No le dejó apartarse. Se abrazó más al cuello de su amor y escondió la cara en él. No quería acordarse de Jordan, ni de que tenían prisa, porque había cosas que hacer, ni de que seguía siendo el jefe de esta disparatada aventura. Danny no podía hacerle esto. Hablarle de Jamaica y de su luna de miel, subirlo a las nubes de color de rosa... Y justo después agarrarle por un pie y traerle de nuevo a la tierra, de modo abrupto y repentino, sin anestesia... Demonios, Reggie aún ni siquiera había tenido tiempo de saborear lo que se sentía estando en la nube de algodón dulce... ¿No podía dejarle allí un poco más?

Se sentía como un niño al que su madre acabara de despertar porque había que ir al colegio, y en lugar de levantarse, se hubiera tapado de nuevo hasta las orejas, para continuar soñando unos minutos más. Tal vez era exactamente esto lo que estaba haciendo, pero le dio lo mismo. Estaba exhausto. No tenía energía ni para acordarse de Jordan, ni para ocuparse de nada del mundo real. No todavía.

Metió la nariz bajo una de las orejas su chico y suspiró. Sintió el aroma exótico de su piel, y se permitió relajarse un poco entre sus brazos.

«¿Te imaginas despertar todas las mañanas en casa, con este aroma a tu lado?», se dijo. Y una sonrisita ilusionada le trepó por los labios. Sí, podía imaginarlo. Y sentía que iba a ser algo maravilloso.

Dan pareció entender que aún no estaba preparado, porque volvió a abrazarle, con cuidadito y ternura. Una de sus manos se enterró en el pelo de la nuca de Reggie, y este ronroneó de placer, sintiendo escalofríos por la espalda. Podría quedarse así, de pie y todo, el resto de su vida.

—Sé que estás cansado, amor —le cuchicheó la voz dulce del otro chico al oído—. Pero por eso mismo. Quiero hacer esto en el callejón, a solas. No mereces un beso apresurado en un pasillo.

Reggie volvió a quedarse inmóvil al oír esto. Lo pensó durante unos instantes. Tenía la sensación de que Dan acababa de decir algo importante, una vez más. Algo grande.

«No mereces un beso apresurado en un pasillo», había sido la frase. Implicando que sí merecía algo mejor, que era estar sentados juntos, a solas, en el exterior, sintiendo el sol y la brisa. Y Dan quería darle la mejor de las dos opciones.

«Cree que merezco lo mejor que esté a su alcance darme», dedujo Reggie. «¿Y quién me ha

dicho esto antes, por favor? ¡Nadie! Todo el mundo parece saber mejor que yo qué es lo que merece el bueno de Reggie... Pero lo hacen pensando en sí mismos, no en mí. Danny es el primero que conozco que piensa en mí, y que además cree que merezco mucho. Reggie, chico, si esto no es amor...».

Reggie estaba habituado a ser utilizado para algún fin sin ningún complejo. Así había sido con todas sus anteriores parejas. Y así era también a veces con sus amigos. Jordan, sin ir más lejos, le usaba como blanco para sus bromitas hirientes, sus caras largas cuando estaba de mal humor, y sus puntapiés. Si un día se les daba bien el ensayo, había que darle las gracias a Jordan porque era un genio. En cambio, si se les daba mal, la culpa era del bueno de Reggie, que hoy no estaba muy fino que digamos...

De todos sus compañeros, Keith era el único que protestaba ante esta situación, y que le defendía ante el líder. En ocasiones, se había enfrentado a Jordan, diciendo:

—Reggie no será tan torpe, Jordan, cuando todos los críticos opinan que es el mejor batería de la historia del rock. De hecho, es el único que puede seguirte el ritmo. Dale un poco de tregua al chico, ¿vale?

Por supuesto, Jordan siempre dejaba pasar este tipo de comentarios con una risita y un encogimiento de hombros, sin jamás ofrecer nada parecido a una disculpa. En los últimos tiempos, desde que el pique entre los dos guitarristas se había recrudecido, Keith había dejado de defender a Reggie, y este no le culpaba por ello. Entendía que su amigo ya tenía suficiente tarea con defenderse a sí mismo de los ataques de Jordan. Aún así, no olvidaba todo lo que había hecho por él en el pasado...

«Pero ni siquiera Keith te ha dicho nunca nada como esto», concluyó en su mente. «¿Y no es refrescante, tener a alguien por fin, que parece estar dispuesto a darte lo que de verdad mereces?».

Era una sensación nueva, ajena y maravillosa a la vez. Reggie no tenía muy claro qué era lo que merecía, no del todo, porque nunca lo había tenido. Pero sí sabía que no debía ser esto de estar en el mundo solo para recibir malas caras y puntapiés. Claro que esta era una de esas cosas que jamás habría caído en la cuenta de pedir por sí mismo. Ni siquiera habría sabido cómo hacerlo, para empezar. Y sin embargo, no había hecho falta ni que abriera la boca, porque Dan se lo había dado sin más.

«Este hombre es un sueño», se dijo, admirado.

—¿Te he dicho ya que te quiero? —murmuró, apartándose para verle la cara.

Dan sonrió de nuevo. Y pareció dispuesto a decir algo a su vez, cuando en ese momento les sobresaltó a los dos una voz, exclamando:

—¿Esta era la prisa que tenías, David?

Reggie dio un brinco y apretó los hombros de Dan contra sí, protector, por acto reflejo. En seguida reconoció la voz de William, y le tranquilizó ver que la puerta de su cuarto continuaba

cerrada a su espalda. Tal vez por eso el otro joven había empleado un tono tan alto, para que pudieran escucharle a través de ella. Pero para Reggie había sido demasiado alto, caramba. Le había dado un susto de muerte. Durante una fracción de segundo le había sentido tan cerca, que creyó que William había conseguido salir, no podía imaginar cómo, y que estaba de pie a su espalda, dispuesto a darle golpecitos con un índice en el hombro, de modo acusador, como haría un maestro con un niño que estuviera portándose mal en la biblioteca.

—¿Cómo sabes que no me he ido? —preguntó en voz alta.

Se sintió bien, eso de poder volver a emplearla, después de haberse llevado tanto rato hablando en susurros. Dan tenía razón. Este lugar no era el adecuado para hablar de amor ni para darse arrumacos.

—¡Duh! —contestó William, como si acabara de oír la pregunta más estúpida del planeta—. ¡Porque no he oído la puerta negra! El grandullón se ha ido, pero vosotros dos os habéis quedado ahí cuchicheando.

Reggie hizo una mueca de hastío, mientras Dan soltaba una risita entre dientes y murmuraba:

—¡Parece tu madre! ¡No te deja pasar una!

—Es una persona imposible, de verdad —susurró Reggie. Y de nuevo en voz alta, le dijo a William—: Pero vamos a ver, ¿tú no querías la radio? ¿Qué haces escuchando conversaciones ajenas a través de la puerta?

—¡Tú también lo harías, David! —contestó William en tono de reproche—. ¡Lo harías de estar en mi lugar! ¡No porque me importe lo que estáis hablando, sino para saber si por fin estoy solo!

Reggie resopló.

—¿Necesitas intimidad para escuchar música? ¿En serio?

—¡No! —contestó William con fuerza—. ¡Necesito saber si estoy solo para poder sentirme a salvo! O bueno, todo lo a salvo que puede sentirse alguien que está injustamente encerrado en una habitación. ¿Te parece mal que me preocupe por mi seguridad?

Reggie chasqueó la lengua. Este breve discurso se había ido directo a su conciencia, rayos. Ahí, a hacerle pupa. ¿Cómo lo haría William para ser un descarado, y sin embargo, decir verdades como puños?

—No, no me parece mal —respondió, en tono más suave—. Pero déjame decirte que no hace falta que te preocupes por tu seguridad. Mientras estés con nosotros, estás a salvo.

Reggie también había dicho la pura verdad. Ellos cuatro no iban a hacerle ningún daño al prisionero, nada más lejos. Ahora bien, Jordan era otra cosa. Llegados a este punto, Reggie ya no se fiaba de él. Y en cuanto al lugar donde se encontraban... Reggie tampoco estaría tranquilo si

William lograra escaparse y se fuera por ahí, a vagar por el sur del Bronx. Incluso a pleno día, podría ocurrirle cualquier cosa.

«No, su lugar es este hasta que acabe todo esto. Aquí está a salvo. Nosotros le protegeremos, de Jordan, de la calle y de lo que haga falta», se dijo.

Pero William, siendo como era, tenía que coger su intento de tranquilizarle por donde picaba...

—¡Dijo el cabecilla de los perfectos desconocidos que me metieron a rastras en un coche, y me tienen secuestrado en una habitación! —exclamó con sorna.

Dan hizo una mueca, torciendo los labios, como diciendo sin palabras: «¡Uy! ¡Eso ha dolido!».

«Desde luego», pensó Reggie. «Y en el fondo, nos está bien empleado, por haberle secuestrado en primer lugar...».

—Lo que tú digas, William —respondió, volviendo a sentir ese cansancio de plomo que le aplastaba casi hasta el suelo—. Pero esa es la única seguridad que puedo darte. No queremos hacerte daño.

William pareció pensarlo un segundo, antes de decir, también en tono más suave:

—Hasta ahora has demostrado exactamente eso, David. Por eso me fío de ti, ¿sabes? Aunque me dijiste que podría irme a casa hoy, y aquí sigo...

—Todavía nos queda mucho día por delante, William.

—Ya. Pero me preocupo por ti. Tenías prisa por tirar la basura y por fumar, y ahora te llevas aquí veinte horas.

—¡Oh, no llevo veinte horas!

—¡Sí!

—Estaba hablando algo importante, ¿vale?

—¿Tiene que ver conmigo?

—Nooo —gruñó Reggie con hastío.

—David, como estéis planeando enterrarme vivo, o asarme en una olla caníbal, más pronto o más tarde, acabaré por enterarme. ¡No me mientas!

Dan volvió a reír, cubriéndose la boca con una mano. Reggie hizo un gesto de exasperación.

—Pero, ¿cómo se te pueden ocurrir esas cosas? —protestó—. Lo que hablaba no tenía nada que ver contigo, y sí tenía todo que ver con mi novio, ¿satisfecho?

Dan le dirigió una mirada intensa y cómplice al oír esto, y le regaló una preciosa sonrisa. Reggie sonrió a su vez, a pesar de sentirse agotado. Lo último que le apetecía en este momento era tener que entablar otro diálogo de besugos con William. Se sentía frustrado y no estaba para mucho sonreír. Pero con el delicioso ángel que tenía delante... ¿Quién no lo hacía, a ver? Aunque no tuviera ganas ni fuerzas ni para tener los ojos abiertos, si su Danny le sonreía con esa ilusión brillando en los ojos, a Reggie no le quedaba más remedio que sonreír él también. Punto.

—¡Ah! —exclamó William, triunfante—. ¡Entonces has estado ahí, dándote besitos con Jonathan! ¡Lo sabía!

—Pero, ¿cómo demonios...?

—Es muy feo decir que vas a hacer una cosa y luego hacer otra, ¿lo sabes, David? He pasado unos minutos horribles aquí, inquieto, sin saber si debía hablar o no...

—William, tú lo que quieres es que me vaya de una vez, para poner la música a todo trapo.

Reggie se dio cuenta de que Dan se apartaba, con otra risita, y que estiraba el cuello hacia el salón. Le vio alzar una mano y hacer un silencioso saludo en esa dirección, y dedujo que debía haber llamado a Paul, para pedirle que se reuniera de nuevo con ellos.

«Parece que esta vez es de verdad que salimos», pensó. «A ver si no tardamos nada, y podemos descansar un rato en el banquito, antes de que llame Jordan».

Pero ya William estaba exclamando, ultrajado:

—¿Yo? ¿Música a todo trapo? ¡Qué poco me conoces, David!

—No. Ni te quiero conocer —gruñó Reggie para sí—. El pobre Troy tiene el cielo ganado. Cada vez me da más pena de ese hombre...

Dan volvió a sonreír. Le hizo una caricia en un brazo, conciliador, y cuchicheó:

—Ahí viene Paul, Reggie.

Este asintió. William no debía haber oído nada, porque estaba diciendo:

—Pues para tu información, sí que tengo prisa porque te vayas. Pero no tiene nada que ver con la música, sino contigo.

—¿Conmigo? —se extrañó Reggie.

—¡Sí, contigo! ¡Quiero que salgas a fumar de una vez!

—Pero, ¿en qué quedamos? ¿No dices que tengo que dejar el tabaco?

—¡Sí! Pero ya que no lo dejas... Bueno, sal fuera, fúmate uno o dos, y relájate un poquito, hombre.

—¡No puedo creerlo! ¿Estás cuidando de mí? —exclamó Reggie, perplejo.

—¡Pues sí! ¡Te necesito relajado y cuerdo para que tú también puedas cuidar de mí! —contestó William—. Y ahora estás de los nervios, David, reconócelo. Te picas por todo, gruñes por todo...

—¿Qué? Yo no...

Reggie se interrumpió. Dan acababa de agarrarle por un brazo, y se había inclinado hacia él para besarle la mejilla y susurrarle al oído:

—Te quiere. Y es natural, jefe. Te haces querer.

Se apartó y volvió a mirarle de ese modo cómplice, con una tierna sonrisa en los labios. Reggie se quedó mirándole a su vez durante un instante, sorprendido, pero en seguida se rehízo. Empezaba a escuchar los pasos de Paul a su espalda, y se acercaban deprisa. Sacudió un poco la cabeza, y le dijo a William:

—¡Mira, ahora sí me voy!

—¡A buenas horas!

—El grandullón, como tú le llamas, se quedará vigilando. Pórtate bien.

—Síiii, jefe.

Reggie alzó los ojos al techo con hastío y con una sonrisita exasperada en los labios. En el fondo, tenía que reconocer que William era ocurrente. Y ese «jefe» había sonado muy bien en su voz. Al fin y al cabo, él también era uno de sus chicos...

Se preocupó por ello un segundo. ¿En qué momento había empezado a pensar en el prisionero como si fuera uno más de sus chicos? No podía recordarlo. Pero en verdad, lo había considerado así desde ayer, cuando elaboró la lista de cosas que había que pedirle a Jordan. Se preguntó si estaba bien, esto de tratar al rehén como a uno de los suyos. ¿Acabaría encariñándose demasiado con él? ¿Se aprovecharía William de este trato, y lo usaría para escaparse o hacerles daño?

No tenía modo de saberlo. Y de todas formas, Reggie no pensaba convertirse de repente en un malo típico de película. Ni deseaba hacerlo, ni se sentía capaz, las dos cosas. Si era un error considerar a William como uno de los suyos... Bueno, ya ardería en el infierno por ello. Le daba lo mismo.

Se dio cuenta de que Dan se había apartado de su lado para salir al encuentro de Paul. Reggie iba a volverse para hacer lo propio, cuando escuchó a William decir:

—¡Por cierto! ¡Alguna vez podrías invitarme a un cigarro a mí también, David!

El batería hizo una mueca. Eso implicaría dejarlo suelto por el pasillo mientras fumaba,

¿no? Y una cosa era que él lo considerase como a uno más, y otra que lo dejase deambular por el apartamento a sus anchas. Reggie aún se ponía de los nervios cada vez que William tenía que ir al baño. No iba a abrirle la puerta también para que pudiera fumar, ni pensarlo.

—¡Cuando las ranas críen pelo! —contestó—. Ya hago demasiadas cosas por ti, con lo ingrato que eres.

—¿Ingrato yo? ¡Ingrato tú! Encima de que cuido de ti, de la única manera que puedo...

—¿Cómo? ¿Regañándome?

—¿Se te ocurre otra? Si puedo cuidar de ti de más maneras, jefe, dímelo. ¡Faltaría más!

Reggie sacudió la cabeza. Ya hasta el prisionero quería cuidar de él, vamos el colmo.

«¿Tanto se me nota lo cansado que estoy?», pensó.

Pero era verdad que sonaba muy bien eso de «jefe» en la voz de William... Le hacía sentir que era uno más del grupo, no un enemigo ni un prisionero...El solo hecho de escucharlo, relajaba los nervios de Reggie. Le creaba la falsa sensación de estar en un grupo de amigos, y de estar haciendo todos ellos una pantomima de cara a Jordan. Un juego de niños que acabaría esta tarde, y todos volverían a sus vidas de siempre. Le hacía sentir que esto no era un secuestro de verdad, nada más lejos. Ni era algo ilegal, ni estaban aquí para presionar a nadie a disolver su grupo, sino que todos ellos estaban representando una obra de teatro para tener a Jordan contento, solo eso. Y Reggie estaba habituado a tener que hacer teatro. Eso sí sabía hacerlo. En esto era todo un experto.

«Sería bonito, ¿verdad?», se dijo. «De repente, esto tan difícil se convertiría en fácil. Sería hasta divertido. Ojalá pudiera ser un teatro de verdad. Ojalá pudiera volver a William uno de los nuestros, sacarlo de aquí, y dejar que juegue a las cartas con Little B y Paul, mientras hacemos tiempo hasta que se acabe esta comedia. Pero en el mundo real, las cosas no siempre son como a nosotros nos gustaría...».

En todo caso, la frase le había enternecido, de modo que contestó con voz suave:

—Cuidas de mí portándote bien como hasta ahora. Con eso es suficiente, te lo aseguro.

De nuevo, no había mentido. Ya que William tenía que seguir siendo prisionero, y no amigo, prefería tenerlo tranquilo y amable, antes que tenerlo hecho una fiera como ayer. Solo eso le hacía un bien indecible a sus pobres nervios. Reggie no quería tener que volver a vivir algo como lo de ayer por nada en el mundo...

Se volvió hacia sus amigos, con este tipo de pensamientos dando vueltas en su cabeza. Y nada más verles, se quedó petrificado en el sitio.

Paul estaba allí, cierto. ¡Y Little B también! Allí, junto a Paul, a dos pasos de ellos, mirándole con aprensión y ansiedad desde debajo de las cejas, como si temiera su reacción. El batería sintió un pellizco de ansiedad en la boca del estómago.

Algo muy grave debía haber ocurrido. O bien le había pasado algo al coche, o debía estar sucediendo alguna catástrofe en la puerta principal de la vivienda. A lo mejor se había abierto un socavón en el suelo, o el jardincito estaba en llamas, o había un ejército de policías allí fuera, con furgones blindados, metralletas en las manos, y helicópteros dando vueltas en círculos sobre sus cabezas, mientras por escalerillas plegables descendían los Marines, como decía William...

Reggie no podía ni imaginar de qué podría tratarse, pero no le cabía duda de que lo que fuera debía ser una catástrofe en condiciones, porque había conseguido hacer que Little B dejara las cartas, levantara el trasero de la silla, y viniera a buscarles. ¡Y estaba aquí, delante de la puerta de William, con el miedo que le daba del prisionero! ¡Y había venido sabiendo que iban a abrir la puerta de atrás! ¡Con el miedo que le daba también de la calle, y del barrio en general!

«¡Una catástrofe, por Dios! Ahora hay que lidiar con una catástrofe...», pensó Reggie, llevándose una mano a la frente. Se frotó un ojo con pesar, deseando echarse a llorar. «Y yo tan cansado... ¿Cómo voy a ocuparme de eso así?».

Pero no había nada que hacer. Si estaba ocurriendo algo terrible, la mejor manera de lidiar con ello era enfrentándolo sin más. De modo que hizo acopio de entereza y de valor, y susurró:

—¿Qué ha ocurrido, Little B? ¿Qué pasa allí fuera? ¿Por qué estás aquí?

Y luego se puso tenso, preparado para oír cualquier cosa, y para echar a correr hacia el salón en cuanto lo hubiera oído...

(Continúa en el libro 35)